Discurso a Diogneto

INTRODUCCION

Intelectuales y cristianismo.

Un hecho que pudiera, a primera vista, sorprendernos y aun desconcertarnos, al estudiar los orígenes y expansión primera del cristianismo, es la indiferencia, desdén e incomprensión absoluta de los que, con término quizá demasiado moderno, pudiéramos llamar intelectuales de la época. Que el procónsul de Acaya, Lucio Anneo Séneca, hermano del famoso filósofo cordobés, que al fin no era sino un funcionario romano atenido a los hechos concretos que pudieran caer bajo el imperio de la ley y se sentía ajeno a la especulación y sutilezas filosóficas y religiosas, no permitiera ni abrir la boca al Apóstol San Pablo ante su tribunal de Corinto, es la cosa más natural del mundo. Todo aquel negocio entre los judíos y Pablo le parecía al romano pura cuestión de palabras, y el romano no había venido al mundo a discutir, sino a mandar. Y allá contempló, con la mayor indiferencia, cómo por tales cuestiones se emprendían a palos o bofetones los unos a los otros (Act. 18, 14 y 33).

Ni puede tampoco maravillarnos el otro caso, relatado, poco antes del aludido, por el libro de los *Hechos*, de que unos filosofillos atenienses, degenerados sucesores de los auténticos pensadores de la edad clásica, y a caza sólo de la última novedad, despacharan entre burlas al mismo Apóstol San Pablo apenas le oyen, en su discurso del Areópago, pronunciar el nombre de Jesús y hablarles de su *anástasis* o resurrección, con aquel desdeñoso "otro día te oiremos". Mas ya no parecerá a alguno tan natural que un filósofo de verdad, como Séneca, con auténticas inquietudes de Dios en su alma, no conozca siquiera el hecho del cristianismo, y un escrúpulo semejante quiso sin duda acallar el falsario que inventó, hacia el siglo IV, la correspondencia entre San Pablo y el filósofo cordobés.

Y junto al gran filósofo hay que poner al más gran-

de historiador romano, para quien el cristianismo es una raza abominable de hombres [1].

Para griegos y romanos, el cristianismo es sólo, por lo menos en sus orígenes, una superstición oriental de gentes incultas, de míseros *apaideutoi*.

Para explicarnos este hecho no será, desde luego, fuera de lugar que acudamos a aquella traza altísima y en verdad desconcertante de los pensamientos humanos que gusta usar la Providencia de Dios, y que con tono enérgico reveló el Apóstol San Pablo a los corintios: *Mirad, hermanos, vuestro llamamiento, cómo no sois muchos los sabios según la carne, ni muchos los poderosos, ni muchos los nobles, sino que le plugo a Dios escogerse lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo se lo escogió Dios para confundir a los fuertes, y lo innoble y despreciable del mundo y lo que no tiene ser se escogió Dios — a lo que no tiene ser — para destruir lo que parecía tener ser, a fin de que ningún hombre se gloríe delante de Dios...* (1 Cor. 1, 26 y ss.).

Mas sin quitar un ápice a esta divina filosofía de la historia—de una historia que, por ser divina, sólo a lo divino cabe entenderla y explicarla—, ¿no será cierto también que nuestra sorpresa de que en todo el siglo I del cristianismo ni una sola mente griega o romana proyecte su atención sobre un hecho que iba a convertirse en quicio ya inconmovible de la historia universal, se origine de un falso punto de mira? Lanzar ahora, a la distancia de veinte siglos cristianos, nuestra mirada de catequético desdén sobre unos cuantos grandes nombres paganos, sería lo mismo que tener lástima, contemplando la desembocadura de un río caudaloso, de los pobres montañeses que viven junto a su nacimiento, porque no sospechan que allá, a mil leguas de distancia, aquel hilillo de agua que salta de la peña pueda convertirse en la honda y majestuosa corriente a cuyos lomos cabalgan los grandes navíos. Y es que imaginar la propagación del cristianismo como una explosión de luz cósmica y divina que rompe de pronto las tinieblas del mundo pagano, o la predicación de los Apóstoles como la marcha conquistadora de grandes capitanes que avasallan el mundo y lo postran a los pies de Jesucristo, es sencillamente una imaginación, buena para cualquier discurso grandilocuente, pero que apenas si tiene nada que ver con la realidad de la historia.

"Es manifiesto—dice un excelente historiador de los

[1] TAC., *Ann.*, 15. 44.

orígenes cristianos—que el cristianismo tuvo comienzos más modestos y más lentos de lo que ordinariamente se cree. Su primera labor hízose sin ruido, entre los humildes y los pobres" [2]. A confirmar esta idea del obispo francés, que, por lo demás, se nos impone apenas nos internamos unos pasos por el tupido bosque de la historia del siglo I, está dedicada toda una obra de investigación del sabio protestante A. v. Harnack, cuyas son éstas palabras:

"La historia de la misión en los primeros tiempos está sepultada bajo un montón de leyendas, o, mejor dicho, se creó a propósito una historia tendenciosa, según la cual, en pocos decenios, el Evangelio habría sido anunciado en todos los países del mundo. En esta invención se trabajó por más de un milenio, ya que la leyenda sobre la misión de los Apóstoles comienza a formarse en el primer siglo y florece todavía en la edad media y hasta en los tiempos modernos; hoy, su carácter fantástico y tendencioso es universalmente reconocido" [3].

El Señor nos había prevenido ya, muy de antemano, en el Evangelio, contra toda ilusión respecto a la propagación del reino de Dios en la tierra:

Semejante es el reino de los cielos—aquí, indudablemente, la Iglesia de Dios, la congregación de todos los que viven vida divina en el mundo—*a un granito de mostaza, mínima entre las semillas, que luego crece y se torna un arbusto en que vienen a posar y hacen nido las aves del cielo...; semejante, también, a un pedazo de levadura que una mujer mete en tres medidas de harina, y allí va obrando hasta que fermenta toda la masa* (Mt., 13, 31-35).

Bellas y profundas parábolas que, aun hoy día, sería mejor meditar que no aturdirnos y enfatuarnos con los largos y rotundos períodos de los oradores sagrados sobre la conquista del mundo pagano por el cristianismo.

La situación no cambia sustancialmente en el siglo II, si bien el hecho ya patente del cristianismo empieza a despertar la curiosidad y, lo más frecuentemente, la hostilidad letrada del paganismo. Hacia sus comienzos, en el año 111, Plinio el Joven, gobernador y literato, se ve obligado a plantear a su amo, el emperador Trajano, el

[2] Mons. LE CAMUS, obispo de La Rochela y Saintes, *Los orígenes del cristianismo*, VI, p. 11, n. 1.

[3] A. HARNACK, Missione e propagatione del crestianesimo nei tre primi secoli. Trad. italiana di Pietro Maracchi, 1906. La obra original lleva por título: *Die Mission und Ausbreitung des Christentums in der ersten drei Jahrhunderten*, 2 vol. 4.ª ed. (Leipzig 1924).

grave problema de los cristianos de Bitinia. Para un funcionario imperial que es, además, hombre culto y de sentimientos suaves y que no gusta de proceder precipitadamente, el cristianismo es ciertamente algo inofensivo, pues de sus pesquisas no ha sacado en limpio sino que se trata de reuniones matinales para cantar himnos a Cristo como a Dios, de una comida en común absolutamente innocua y de obligaciones que sus adeptos se imponen de guardar una moral muy pura; mas, así y todo, Plinio ve en la nueva religión una superstición "perversa y excesiva": *pravam et immodicam*. Señalemos algunos nombres y algunas fechas más: hacia el 120, Epicteto se acuerda alguna vez que hay cristianos en el mundo; Galeno y Elio Arístides los aluden también [4]. ¿Qué decir de Marco Aurelio? ¿Cómo no penetró más en la esencia del cristianismo y en la razón de la serenidad de sus fieles ante la muerte, aquel estoico coronado en perenne soliloquio con sus propios pensamientos? Vale la pena transcribir íntegro el pasaje en que Marco Aurelio habla de los cristianos:

"¡Cuál es el alma que está pronta cuando llega la hora de separarse del cuerpo, y eso o para extinguirse o para derramarse o para perdurar! Mas esta prontitud, proceda de un juicio personal y no de pura oposición, como los cristianos, sino que sea razonadamente y con gravedad y, si quieres convencer a los demás, sin ostentación teatral" [5].

El regio pensador admira al alma que afronta serenamente la hora de separarse del cuerpo; pero, en definitiva, ignora si esa alma va a extinguirse como una llama, o se esparce al aire como un cálido aliento, o perdura en una vida de la que no sabe nada. La especulación no es la fe y, tras siglos de especulación, de filosofía y de elocuencia en torno al angustiante problema de la inmortalidad del alma—¡qué lejanos ya los días del *Fedón* platónico!—, en esta reflexión de Marco Aurelio parece decantarse todo el poso amargo del escepticismo en que se hundían, sin remedio y sin consuelo, las mejores almas paganas! ¡Qué abismo de la fe de los mártires! Realmente, Marco Aurelio no los podía comprender.

---

[4] Cf. HARNACK, *Mission*..., 1, 254, y P. DE LABRIOLLE, *La Réaction païenne*... (París, 1934).
[5] FOCIO, *Cod.*, CXXV.

DIOGNETO.

Este juicio del emperador estoico se escribió, sin entrar aquí en más precisiones, después del año 150, fecha en que debió de aparecer un escrito cristiano, de autor desgraciadamente desconocido, que nos muestra el reverso de la cara de la cuestión aquí planteada.

Ni la altivez patricia de un Tácito, ni la despreocupación religiosa del alma de soldado de un Trajano, ni el superficial examen y ligereza de juicio de un literato gobernador como Plinio, ni el desdén estoico de Marco Aurelio, ni la inconsciencia de un vulgo abyecto y degenerado, podían ser ley de todas las almas paganas que, como a tientas y palpando en las tinieblas, buscaban sinceramente a Dios. Y he aquí que esta carta o discurso a *Diogneto* nos presenta una de esas nobles y rectas almas paganas que se paran a reflexionar sobre el hecho de la religión cristiana y pide explicación sobre lo que en ella hay de nuevo y sorprendente.

El cristianismo, en efecto, por las fechas en que suponemos aparece el *Discurso a Diogneto*, aun siendo grano de mostaza o puñado de levadura oculta en algunos grupos de almas, iba lenta, pero eficazmente, desenvolviendo toda su virtud germinadora y fermentando poco a poco la masa del mundo pagano. Natural, por ende, suscitara el interés de aquellos espíritus de selección, a quienes, por otra parte, con la inercia de lo que ha durado siglos y se ha adherido a la vida misma, la religión tradicional mantenía aprisionados, sin darse cuenta de que llevaban ya sobre sí un cadáver.

Quisiéramos saber quién es este "Excelentísimo Diogneto", que muestra tan extraordinario interés por conocer a fondo la religión de los cristianos, pues se ha sentido impresionado, como por aquellos mismos días se siente un filósofo platónico que será luego un glorioso apologeta y mártir, por el desprecio del mundo y de la muerte de que dan pruebas, sin que, por una parte, sigan la idolatría de los helenos, ni, por otra, practiquen las observancias judaicas, que repugnaron siempre al alma de griegos y romanos. ¿Qué Dios es ése a quien sirven estos hombres, superiores a la vida y a la muerte? ¿Qué misterioso vínculo los une entre sí, para que se amen con el amor con que se aman? ¿Cómo, de pronto, en esta época justamente, y no antes, ha aparecido en el mundo esta raza nueva y este nuevo género de vida?

Tales son las preguntas que un desconocido "Exce-

lentísimo Diogneto" planteaba, no sabemos tampoco en qué fechas del siglo II, a un también desconocido *rhétor* cristiano, que se las contesta, en brillante estilo, en la comúnmente llamada *Carta a Diogneto*. Todo resulta, pues, aquí desconocido, todo queda colgando de los signos de interrogación, excepto el interés y belleza de una obra mil veces, y por los más varios jueces, calificada de obrita maestra y perla de la primitiva literatura cristiana. Hagamos breve historia de la cuestión.

Hechos y opiniones.

En el año 1592, el humanista Henricus Stephanus (Estienne) publicaba por vez primera la *Carta a Diogneto* bajo la fe de un códice, en que era atribuída a San Justino, junto a cuatro obras más, puestas igualmente bajo su nombre: *De Monarchia, Cohortatio ad gentes, Expositio fidei* y *Oratio ad Graecos*.

El códice del siglo XIII-XIV, que perteneció primero al humanista Reuchlin y luego a la abadía de Maurmunster, de la Alsacia superior, vino a parar finalmente a la biblioteca cívica de Estrasburgo, donde, desgraciadamente, se quemó en el bombardeo de la ciudad el 24 de agosto de 1870. De él se conservan algunos apógrafos o copias: una, en la biblioteca universitaria de Tubinga, hecha en 1580 por Bernardo Hans para Martín Crusius, utilizada por Funck para la edición de sus *Patres Apostolici*, I (Tubingae 1901); otra, hecha por el primer editor de la carta, Enrique Estienne, en 1586, pasó luego a manos de Isaac Voss, y, por fin, a la biblioteca universitaria de Leiden, donde actualmente se conserva.

Ahora bien, ¿quién es el autor de esta carta, que, en verdad, no es tal carta, sino un verdadero discurso apologético de la fe cristiana, compuesto conforme a las leyes de la más estricta retórica? La cuestión se está debatiendo desde hace siglos, y sólo en lo negativo se ha llegado a un acuerdo. Nadie está hoy por la atribución a San Justino. El primero en esgrimir contra ella el argumento estilístico fué Tillemón, quien tiene razón en afirmar que "el estilo tan magnífico y elocuente de esta carta se levanta muy por encima del de San Justino." San Justino, en efecto, pudo serlo todo, menos un retórico ni un estilista, y el juicio de Focio sobre este particular sigue absolutamente válido: "Justino no puso empeño alguno en colorear con artificios retóricos la nativa belleza de su filosofía. De ahí que sus discursos, que son, por lo demás, vigorosos y guardan el estilo científico, no arrastran por su atractivo y encanto al vulgo de los lectores" [6].

Mas no sólo en la forma; en el fondo también corren profundas y palpables diferencias entre uno y otro apologeta. Para Justino, los dioses del paganismo son verdaderos demonios que pueden habitar en los ídolos a los que se ofrecen los sacrificios paganos; para el autor del discurso, πρὸς Διόγνητον, son objetos absolutamente inanimados, modelados, por obra de artífices humanos, de materia corruptible — madera, piedra, bronce, arcilla — como cualquiera de los utensilios de nuestro uso más vulgar (c. II). Su actitud ante el judaísmo es también absolutamente distinta, de profundo respeto y consideración en Justino, que ve en la religión antigua una sombra, preparación y anuncio de la nueva; de violento ataque y sarcasmo en el autor del πρὸς Δ., que equipara el culto judaico al de los gentiles, pues si éstos sacrifican a ídolos mudos, los judíos ofrecen a Dios sacrificios materiales, como si Él tuviera necesidad de cosa alguna (c. III). La concepción, pudiéramos decir, de la economía divina, difiere también en San Justino y en el πρὸς Δ, pues mientras el apologista mártir considera a la humanidad anterior al cristianismo guiada por el Logos, que le habla no sólo por boca de los profetas inspirados, sino también por medio de los mismos filósofos paganos en sus más conspicuos representantes, el anónimo de πρὸς Διόγνητον no ve en esa etapa de la humanidad sino la dolorosa comprobación de la impotencia de la humana naturaleza para entrar por sí misma al reino de Dios, y en las opiniones de los filósofos, puros desvaríos y juego de embaucadores [7].

Mas apenas se entra en terreno positivo y se intenta señalar un nombre que colme el desesperante vacío del anonimato, la crítica se convierte en verdadera algarabía, como de bandada de gorriones que chirrían todos a una en una enramada. He aquí el desfile de opiniones:

Tillemón (siglo XVII) supone autor de la carta a un discípulo de los Apóstoles anterior al año 70; Gallandi (siglo XVIII) concreta ese discípulo en el alejandrino Apolo, el elocuente compañero de San Pablo; Baratier (1740) indica a San Clemente Romano; Dorner, citado por Kihn, nombra al apologista Cuadrato, que vivió en

[6] Focio, Cod. CXXV.
[7] Cf. Kihn, *Der Ursprung des Briefes an Diognet* (Freiburg i. Br. 1882), pp. 122-126, citado por L. Casamassa, p. 225.

tiempo de Adriano (117-138); Doulcet y Kihn están por Arístides, contemporáneo de Cuadrato; Bunsen, por Marción; Dräseke, siguiendo a Bunsen, por un discípulo de Marción, Apeles; Overbeck, sin entrar en averiguaciones sobre el autor de la carta, la sitúa cronológicamente después del edicto de Milán de 313; Donaldson no se contenta con tan poco, y olvidando que el códice que nos la conservó pertenecía al siglo XIII, quiso ver en ella una falsificación, un remedo retórico de la época del Renacimiento, ya del propio editor, Enrique Estienne; ya de algún fugitivo griego tras la toma de Constantinopla en 1453; P. Thomsen fué más discreto, y aseguró que la falsificación se debía a algún docto bizantino de los siglos XII o XIII.

"El autor de la *Carta a Diogneto*—concluía en 1938 el P. A. Casamassa—es y sigue siendo hasta ahora desconocido. De las tentativas que se han hecho para identificarlo con algún escritor del siglo II, algunas son, ciertamente, erróneas, por apoyarse en motivos falsos, por ejemplo, las de Bunsen y Dräseke, que ven en la *Carta* reflejos de gnosticismo; otras no pasan de hipótesis más o menos seductoras."

NUEVA LUZ.

Estas discretas palabras sitúan bien la cuestión del autor de la *Carta* o *Discurso a Diogneto* hasta 1946, fecha de la aparición de los sensacionales artículos de Dom Paul Andriessen, en los que sienta y demuestra la tesis de que "la *Carta a Diogneto* no es otra cosa que la *Apología* que Cuadrato presentó al emperador Adriano y se daba por perdida." En abril del año siguiente, el mismo Dom P. Andriessen ha dado un resumen de las pruebas en que apoya su brillante hipótesis, y éste vamos a seguir aquí paso a paso.

"Hemos de preguntarnos ante todo—escribe Andriessen—si quedan en alguna parte huellas del autor de una obra que indudablemente data del II o III siglo. Varios escritores de estos siglos pueden, por de pronto, ser eliminados, por ejemplo, Arístides y Justino, porque, o su estilo o la línea de su pensamiento, o ambas cosas a la vez, difieren demasiado de los de nuestro autor. Nosotros nos hemos impuesto la tarea de examinar cada uno de los escritores restantes y no nos queda sino Cuadrato, que atrajo muy pronto nuestra atención.

Cuadrato es el primer apologista cristiano. Eusebio

nos dice (HE, IV, 3) que presentó al emperador Adriano una *Apología* de la religión cristiana:

"Tras el imperio de Trajano, que duró veinte años íntegros menos seis meses, sucede en el mando Elio Adriano. A Adriano le entregó Cuadrato un discurso, después de pronunciárselo, que consistió en una *Apología* que compuso en defensa de nuestra religión, con ocasión de que algunos malvados trataban de molestar a los nuestros. Este escrito se conserva todavía entre la mayor parte de los hermanos, y nosotros lo poseemos también, y en él pueden verse brillantes pruebas del talento de Cuadrato y de su apostólica rectitud de doctrina..."

Como tantas otras apologías, la obra de Cuadrato se ha perdido y sólo poseemos un fragmento, citado por Eusebio, para demostrar que su autor pertenece a los primeros tiempos cristianos:

"... Y él mismo afirma su antigüedad por lo que cuenta con estas palabras literales:

"Las obras, empero, de nuestro Salvador estuvieron siempre a la vista de todos, puesto que eran verdaderas. Así, los curados de sus enfermedades, los resucitados de entre los muertos, que no fueron vistos solamente en el momento de ser curados y resucitados, sino que continuaron en adelante a la vista de todo el mundo, y eso no sólo mientras el Salvador permaneció sobre la tierra, sino que sobrevivieron, aun después de muerto Aquel, tiempo suficiente, hasta el punto que algunos de ellos han alcanzado hasta nuestros mismos días" (HE, III, 3-2).

Esta cita no aparece en Dg., pero esto no implica que haya de descartarse su identificación con la *Apología* de Cuadrato. En Dg. hay una laguna entre los párrafos 6 y 7 del capítulo VII, en que cabría de modo excelente el fragmento de la *Apología,* no de manera, naturalmente, que se obtenga un texto seguido, sino en cuanto la materia del fragmento contiene el asunto de que debía de tratarse en la parte perdida de Dg. VII, 7. Vale la pena examinar este punto más de cerca.

En los párrafos que siguen al hiato o laguna de VII, 7, el autor de Dg. alega las pruebas o señales por las que ha de resultar claro a Diogneto que Dios ha venido al mundo, a saber: la maravillosa constancia y el no menos maravilloso crecimiento de los cristianos a despecho de su sangrienta persecución. Después de ello exclama:

"Esto no parece obra de hombres; esto pertenece al poder de Dios; esto son signos de su venida" (Dg. VII, 9).

El autor no hubiera jamás terminado en tono tan

triunfal su demostración de la venida de Dios, si no hubiera dado ya otras pruebas más directas de esa misma venida.

Justino e Ireneo, que también mencionan estos dos signos como prueba de la venida de Cristo, no omiten llamar la atención sobre los milagros que Cristo obró durante su vida en la tierra. Porque los paganos acudían a un doble subterfugio para negar la divinidad de Jesucristo: primero, que un Dios que se hace hombre debía de ser un mito, como ocurría tantas veces en su propia mitología, y debía probarse que no se trataba aquí de un mito, sino que Dios vino encarnado en este personaje definido e histórico; en segundo lugar, que han existido muchos personajes históricos, es decir, los magos, que pretendieron ser dioses y trataron de probarlo por medio de milagros, y había que demostrar que sólo los milagros de Cristo no fueron alucinaciones ni magias, sino hechos palpables que en su duración llevaban la prueba de su carácter sobrenatural.

Ahora bien, el autor de Dg. empezó a exponer cómo el *Logos* del Dios omnipotente fué por Él enviado a la tierra para redimir a la humanidad; pero no ha indicado todavía bajo qué personalidad histórica se escondió a sí mismo.

Que no pudo dejar de hacerlo así en el texto que falta parece claro por el hecho de que el autor, inmediatamente después de este hiato, habla de la maravillosa constancia de los cristianos, que "no niegan al Señor" (ἀρνήσονται τὸν κύριον). Diogneto, por tanto, debe haber conocido ya quién es ese Señor, debe habérsele ya informado algo sobre su vida en la tierra. De los versículos que preceden al hiato y de los que le siguen se puede, pues, concluir que en el texto ahora perdido se discutía o trataba de Cristo y, por lo menos, de algunas de sus obras. Podemos incluso indicar, con tolerable probabilidad, la clase de milagros mencionados. Porque, según el autor de Dg., Dios envió su *Logos* en clemencia y mansedumbre, le envió como rey a su hijo rey, para redimir, para persuadir, no para usar de violencia; le envió para invitar, para amar (VII, 3-5). Los milagros que el autor hubo de mostrar luego como ilustración y prueba de todo eso, hubieron de ser principalmente milagros en que sobresaliera la bondad de Cristo hacia la humanidad, por ejemplo, por medio de curaciones y resurrecciones; esto se deduce del hecho de que Justino e Ireneo tienen predilección por tales milagros, cuando el Señor

fué preguntado, en nombre de Juan Bautista, si era Él el Mesías prometido (Mt. 11, 5).

Ahora bien, al leer el fragmento de la *Apología* de Cuadrato, vemos que responde completamente a lo que hubiéramos esperado entre los versos 6 y 7 del capítulo VII:

"Las obras de nuestro Salvador permanecieron, pues eran verdaderas; los curados, los resucitados de entre los muertos, que fueron vistos no solamente en el momento de su curación y su resurrección, mas también en adelante, y hasta no solamente durante la vida terrestre del Salvador, sino igualmente aun después que Él se fué, vivieron largo tiempo, de suerte que algunos de entre ellos han llegado hasta nuestra época."

Dom P. Andriessen demuestra seguidamente, en un análisis minucioso y fino, que el estilo del fragmento de la *Apología* concuerda con el de Dg. No le seguiremos, por demasiado técnico, en ese análisis, pero no podemos tampoco renunciar a transcribir sus indicaciones de carácter general sobre el estilo del *Discurso a Diogneto*:

"... Esto nos invita a examinar si existe concordancia de estilo entre el fragmento y Dg. Porque si es cierto que el estilo es el hombre, en ese caso podemos hallar ahí una prueba irrefutable de que el fragmento es verdaderamente una parte del texto que falta en el capítulo VII de Dg.; en otras palabras: que la llamada *Carta a Diogneto* no es otra que la *Apología* de Cuadrato.

Jamás agradeceremos bastante a Eusebio el haber citado de la *Apología* de Cuadrato justamente una frase que nos hace conocer el estilo del apologista. Puede parecer extraño que de una frase se quiera concluir el estilo de un escritor; pero el lector juzgará por sí mismo. Por diferentes que hayan sido los juicios emitidos sobre Dg., todos están al menos concordes en admitir que su estilo es de una belleza excepcional. Incluso se ha visto en ello una razón para atrasar lo más posible la fecha del escrito: un cristiano de la primitiva Iglesia no podía tener un estilo tan cuidado. La obra ha sido señaladamente calificada como "perla de la literatura cristiana" (W. Heinzelmann). El mismo Clemente de Alejandría no puede serle comparado y, de hecho, al leer el griego de los autores de los dos primeros siglos, Dg. se destaca inmediatamente desde el punto de vista de la consonancia y de la forma. P. Everts describe el estilo de Dg. en estas breves palabras:

"El estilo demuestra claramente la influencia de una técnica retórica muy afinada. Los períodos, tranquila y

regularmente construídos (por ejemplo, cc. I y II, 1), son seguidos de frases llenas de vivacidad, nerviosas y concisas (por ejemplo, II, 2-7). Las subdivisiones de la frase, de número variable, pero simétricamente situadas, siguen las diversas emociones del autor, se agrupan antitéticamente, tanto por su fondo como por su forma, y terminan de ordinario por lo que se llaman cláusulas rítmicas, es decir, por una conclusión en prosa medida, con frecuencia también por los llamados ομοιοτελευτα, sílabas asonantes, como si dijéramos, rimadas."

Ahora bien, esta apreciación del estilo de Dg. puede aplicarse palabra por palabra al del fragmento de Cuadrato.

Si Dg. no fuera otra cosa que la *Apología* de Cuadrato, en este caso la restante información que tenemos sobre este apologista debe conformarse con la presentada por Dg. Y, ante todo, ¿qué sabemos nosotros sobre Cuadrato mismo? Eusebio, tanto en su *Historia de la Iglesia* como en su *Crónica*, le llama discípulo de los Apóstoles, a par de Clemente, Ignacio, Policarpo y Papías. Cuadrato fué uno de los evangelistas u obispos misioneros que se contentaban con fundar nuevas comunidades en tierras extrañas. No sólo abandonaban sus patrias, sino que su celo por una vida de perfección les hizo también distribuir a los pobres todo lo que poseían. Eusebio no menciona en este pasaje dónde y en qué año presentó Cuadrato su *Apología*. En este aspecto, su *Crónica* es más exhaustiva, porque después de notar que Adriano pasó en Atenas el invierno de 125-126 y se inició allí en los misterios de Eleusis, continúa:

"Cuadrato, oyente de los Apóstoles, y Arístides el filósofo, entregaron a Adriano sendas *Apologías* de la fe cristiana" (PL, 27, 216).

Una cuestión se plantea ahora: ¿por qué estaba por este tiempo en Atenas el obispo Cuadrato? Atenas era ya una antigua comunidad cristiana y, por lo tanto, no era campo para un obispo misionero. Sobre esta cuestión nos informa una carta de Dionisio, obispo de Corinto, a los atenienses (HE, IV, 23). Tras el martirio de Publio, su obispo, la comunidad de Atenas había sido totalmente dispersada por la feroz persecución, y así vino a convertirse en tierra de misión. Un obrero celoso como Cuadrato fué requerido para recoger el rebaño disperso y evitar la destrucción de la comunidad. Todavía menciona Eusebio en otro pasaje a Cuadrato (HE, V, 17), donde habla de una obra anónima antimontanista, que le cuenta entre los profetas del Nuevo Testamento. Ya

en HE, III, 37, había Eusebio aludido a este don profético de Cuadrato.

Estas breves líneas son suficientes para formarnos una idea de Cuadrato como discípulo de los Apóstoles, que se conformó rígidamente a su enseñanza, que por amor a la perfección evangélica distribuyó sus bienes y abandonó su tierra, hombre dotado del carisma profético y, en el momento de entregar su *Apología*, obispo de Atenas. Ahora bien, según muchos autores, Dg. debió de ser escrito por un eclesiástico que estaba bien enterado sobre las condiciones de Atenas (V, 5). Dg. tiene, además, un número notable de puntos de conformidad con el discurso de San Pablo en el Areópago. ¿Puede sorprendernos el hecho de que un discípulo de los Apóstoles como Cuadrato, que entregó su *Apología* en circunstancias parecidas a las de San Pablo, tomara su inspiración del discurso del *Doctor gentium?*

El autor de Dg. se cuenta a sí mismo entre aquellos para "quienes toda tierra extranjera es patria, y toda patria, tierra extranjera". Exhorta a sus oyentes a distribuir sus bienes entre los pobres, porque de este modo entra el hombre en el camino de la perfeción y habla los misterios de Dios (μυστήρια τοῦ θεοῦ λαλεῖν ἀρξῃ, X, 4, 7; cf. Act. II, 4, 11). Indudablemente, el autor mismo lleva esa vida. ¿No pertenece a aquellos que son pobres y enriquecen a muchos, a quienes todo les falta y en todo abundan? (V, 13). ¿No estaba inspirado de espíritu profético al escribir el capítulo X? (No mencionamos los cc. XI y XII, de que hablaremos luego.) Jerónimo nos da interesantes pormenores sobre la belleza del estilo de Cuadrato. En su carta (Epist. 70) al orador romano Magno (*Magnus*) dice que no sólo los autores inspirados, sino también los escritores eclesiásticos después de ellos, han tomado de los autores paganos, ya citándoles literalmente, ya apropiándose sus pensamientos y estilo. Como ejemplo cita, en primer lugar, a Cuadrato; pero mientras nota enfáticamente que otros escritores eclesiásticos citan a autores paganos, sólo dice que la *Apología* de Cuadrato *tantae admirationi omnibus fuit ut persecutionem gravissimam illius excellens sedaret ingenium*. De ahí se ve claro que difícilmente insertó Cuadrato citas de autores paganos o que no citó a ninguno absolutamente, pues, en otro caso, Jerónimo las hubiera mencionado, como hace con otros escritores, ya que el cargo capital de Magno es que los escritores cristianos citan a los paganos. No queda sino que Cuadrato imitó a los autores paganos en su estilo (cf. las palabras *ex-*

cellens illius ingenium y *tantae admirationi omnibus fuit*). Ahora bien, Dg. es el único apologista en que no se da cabida a las historias mitológicas y citas de poetas y sabios paganos. Por otra parte, no hay obra cristiana que merezca tanta admiración por su forma clásica como Dg.

Eusebio y Jerónimo notan también que la *Apología* de Cuadrato es *apostolica doctrina digna*. Esto se cumple exactamente en Dg. Nadie ha sabido clasificar exactamente este escrito: por su fondo, forma parte de las apologías; por su espíritu y esfera, pertenece enteramente a los Padres Apostólicos. (En este respecto, también los cc. XI y XII tienen derecho a nuestra atención.)

Sin embargo, por muy ortodoxo que fuera Cuadrato, se ha hallado medio de atribuirle falsa doctrina. Focio (PG, 103, 456) nos dice que cierto monje, por nombre Andrés, que seguía una especie de *aphthartodocetismo* y, entre otras cosas, consideraba el cuerpo de Cristo como inmortal, impasible e incorruptible por naturaleza, recurrió, entre otros, a Cuadrato. Es de lamentar que Focio no cita, para sustentar su tesis, ninguno de los pasajes aludidos por el monje Andrés; mas si Dg. es idéntico a la *Apología* de Cuadrato, hay allí un pasaje que Andrés ciertamente alegó:

"Dios nos ha dado su propio Hijo como rescate nuestro, al Santo por los inicuos, al Inocente por los malvados, al Justo por los injustos, al Incorruptible por los corruptibles, al Inmortal por los mortales" (Dg. IX, 2).

Pasamos por alto otros pasajes en que el monje Andrés pudo apoyar su falsa doctrina, y entramos en la discusión de otro documento, el llamado *Martilogio* de Beda. En este leemos la siguiente noticia:

Apud Athenas beati Cuadrati episcopi, discipuli Apostolorum. Hic firmauit ut nulla esca a christianis repudiaretur quae rationalis et humana est (para el 26 de mayo, PL, 94, 927). Ahora bien, lo mismo puede leerse en Dg., IV, 1-2:

"¿Cómo no ha de ser ilícito distinguir entre las criaturas (o alimentos) creadas por Dios para el uso de los hombres y aceptar unas como bien creadas y rechazar otras por inútiles y superfluas?"

Como última fuente de información sobre Cuadrato, tenemos la carta apócrifa de Santiago a él dirigida. Puede esperarse *a priori* que el falsario haya usado de las fuentes más fidedignas para hacer aceptable su embuste. De hecho, el retrato que nos da de Cuadrato coincide exactamente con el que podemos deducir del autor

de Dg. Uno y otro son enemigos no sólo del paganismo, sino también del judaísmo (Dg. 1-IV), y al mismo tiempo muy atentos para quienquiera se interese por el cristianismo. No hay sino comparar el *Incipit* de uno y otro escrito:

"Santiago, obispo de Jerusalén, a Cuadrato, fiel discípulo de Cristo, salud. He oído con gozo el celo que muestras en la predicación del Evangelio de Cristo, con qué entusiasmo recibes a quienes profesan devoción a la justicia y a la verdad y cómo combates a judíos y paganos."

En Dg. el apologista no sólo se muestra hábil polemista frente a los paganos—¡no faltaba más!— (Dg. II y *passim*), sino adversario extremadamente ardiente de los judíos (Dg. III y IV), y, sin embargo, muy acogedor para quienes, como Diogneto, se sentían inclinados a la rectitud y a la verdad:

"Pues veo, excelentísimo Diogneto, tu extraordinario interés por conocer la religión de los cristianos y que muy puntual y cuidadosamente has preguntando sobre ellos...", etc. (Dg. I). Todo comentario es superfluo. Para nosotros es evidente que el autor de la carta apócrifa ha hecho uso de Dg., *alias* la *Apología* de Cuadrato.

* * *

Consideremos ahora en qué medida los datos referentes a Adriano coinciden con lo que Dg. nos dice de la persona de Diogneto. Sabemos que el nombre de Diogneto no sólo es un nombre propio, sino también un título honorífico de los príncipes. Si consideramos el carácter de Adriano, no podemos sorprendernos de que un apologista se le dirija con un título de honor. Adriano sentía horror por todo formalismo, pero era muy sensible a todas las manifestaciones espontáneas. Ningún otro emperador lleva tantos sobrenombres.

Es difícil determinar por qué Cuadrato le dió el título de Diogneto; pudo ser debido al hecho de que el emperador acababa de iniciarse en los misterios de Eleusis, en que el iniciado era levantado a la raza de los dioses (cf. Dg. X, 5-6). Pero hay otra solución menos complicada. El nombre de Diogneto ocurre con gran frecuencia en Atenas; especialmente entre los arcontes se halla tan a menudo, que se inclina uno a preguntar si este nombre no es un título honorífico, reservado especialmente para estos magistrados. Ahora bien, Adriano era arconte de Atenas ya en 112 después de J. C., y cuando luego

visitó como emperador la ciudad, ejerció de nuevo estas funciones. Además, no es sólo Cuadrato, sino también Marco Aurelio quien le da a Adriano este título de Diogneto. Marco Aurelio debió su fortuna a Adriano en más de un aspecto: *educatus est in Adriani gremio,* dice su biógrafo (Capitolinus, *Vita M. Antonini,* IV, 1). En el libro I de sus *Pensamientos,* donde Marco Aurelio menciona con gratitud a todos aquellos que de un modo u otro contribuyeron a su educación, en vano buscamos el nombre de Adriano. Allí donde era de esperar el nombre de este emperador, hallamos el de Diogneto, el único desconocido en la serie de personas nombradas, y lo que Marco Aurelio nos dice de este misterioso personaje se aplica muy bien a Adriano. Helo aquí:

"A Diogneto (e. d. Adriano) le debo la aversión por la vanagloria, el no dar fe a los cuentos de los obradores de prodigios y los charlatanes sobre los encantos, sobre la evocación de los espíritus y otras supercherías por el estilo; no haberme dado a la cría de codornices ni haberme apasionado por tales manías; el sufrir la franqueza; la familiaridad con la filosofía y haber oído primero a Bacquio, luego a Tandasis y a Marciano; haber compuesto diálogos en mi infancia; el desear el lecho de campaña, cubierto de una simple piel, y todas las demás disciplinas que se refieren a la educación helénica."

Volvamos a Dg. Diogneto es llamado κράτιστε, epíteto dado solamente a personas de alta posición. Además, es evidente que está extraordinariamente deseoso (ὑπερεσπουδακότα) por informarse sobre la fe de los cristianos y quiere saber exacta y cuidadosamente sobre ellos y en qué Dios ponen su confianza (Dg. I). Todo esto corresponde totalmente a la persona de Adriano, quien, según San Jerónimo, se hizo iniciar en todos los misterios existentes, y a quien Tertuliano llama (Apol. V, 7) *curiositatum omnium explorator.* El misterio de la vida le atormentaba y por eso deseaba conocer lo de dentro y lo de fuera de las cosas, penetrar la variedad de todos los misterios (cf. Dg., IV, 6; V, 3).

En casi todos los capítulos de Dg. se alude al hecho de que Adriano se había iniciado en los misterios de Eleusis. Como los misterios comenzaban por una purificación (κάθαρσις), Diogneto es invitado en II:

"¡Ea, pues! Purificado que te hayas a ti mismo de todos los prejuicios que tenían de antemano asida tu inteligencia... y convertido que te hayas, como de raíz, en un hombre nuevo..."

En los misterios, también se venía a ser un "hombre

nuevo". El capítulo IV termina así: "Por lo que al misterio de su propia religión se refiere, no esperes que has de poderlo aprender de hombre alguno". El escritor desenvuelve este pensamiento en los capítulos V, 3; VII, 1-2; VIII, 9-10; X, 7. El capítulo VII íntegro está inspirado por una de las doctrinas capitales de los misterios eleusinos: el alma vive en el cuerpo como en una prisión.

Sólo puede entenderse el vivo ataque al judaísmo, y especialmente a la circuncisión, que el autor de Dg. llama una mutilación de la carne (IV, 4), si se recuerda que Adriano prohibió la circuncisión precisamente por ser una mutilación del cuerpo: *Iudaei uetabantur mutilare genitalia* (Spartianus, *Vita Hadriani,* XIV). De ahí resultó la segunda guerra judía.

Así pudiéramos continuar. Casi cada palabra nos recuerda a Adriano. Se describe a los cristianos como hombres para quienes toda tierra extraña es patria, y toda patria, tierra extraña. En todas partes se adaptan al lenguaje, costumbres y vestidos de sus habitantes (Dg. V). Esto debía ser grato al emperador, viajero infatigable, que no estaba jamás en casa, y miraba toda la tierra, pero a Grecia especialmente, como su patria, y que en todas partes se vestía al uso de la tierra.

En el capítulo X es ensalzada la bien conocida liberalidad de Diogneto (= Adriano) y se censura su tiranía (cf. VIII-IX *passim*). En VII, la venida de Cristo al mundo es comparada a la llegada del emperador a las provincias (nótese el acento sobre αὐτοῦ en VII, 6). Diogneto no debía requerir de los cristianos que abandonaran su religión, como los soldados no debían abandonar el ejército (Dg. VI, 10; cf. Spartianus, X).

¿Por qué escribió Cuadrato su *Apología?* Jerónimo, apoyándose en Eusebio, nos dice:

Cumque Hadrianus exegisset Athenis hiemem, inuisens Eleusina, et omnibus pene Graeciae sacris initiatus dedisset occasionem his qui Christianos oderant absque praecepto imperatoris vexare credentes" (*De vir. ill.,* XIX). De ahí que la *Apología* de Cuadrato no contiene protesta alguna contra decretos ilegales dados por el emperador contra los cristianos, sino una acusación del trato escandaloso sufrido por los cristianos de parte de sus conciudadanos. Lo mismo se dice en Dg.:

"Toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros... A todos aman y de todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena... Siendo bienhechores, son castigados de muerte como malhechores. Los judíos les hacen la guerra como a extraños y

los griegos los persiguen y, sin embargo, los que los aborrecen no saben qué motivo alegar de su odio" (Dg. V, 5-17; οἱ μισοῦντες debe confrontarse con la traducción de San Jerónimo: *qui Christianos oderant;* cf. II, 6-VI, 5-6).

* * *

Una sola cuestión nos falta discutir, a saber: la autenticidad de los capítulos XI y XII, los últimos de la obra, que forman una especie de epílogo. Su estilo y contenido difieren de tal modo del de los precedentes, que, a juicio de muchos eruditos, no es posible pertenezcan a la misma obra. Nunca tuvimos tampoco nosotros otra opinión, y de ahí que no investigáramos el asunto hasta que se nos impuso la identificación de Cuadrato con el autor de la *Carta a Diogneto.* Esto ponía el epílogo en una luz completamente distinta, pues su autor se llama a sí mismo discípulo de los Apóstoles y maestro de los paganos. Ahora bien, no hay autor eclesiástico fuera de Cuadrato a quien esto pueda estrictamente aplicarse. Además, en los mencionados capítulos hallamos muchas alusiones a los misterios de Eleusis, señaladamente a su tercer grado de iniciación, la llamada ἐποπτεία. De ahí resulta evidente que su autor—al modo de Hipólito, Clemente de Alejandría y otros — ha comparado la *gnosis* cristiana, que exige un grado más alto de perfección a base de la fe, con su contrapartida, la *gnosis* pagana, que se obtenía en la ἐποπτεία. La descripción entera del paraíso que se da en el capítulo XII, y parece ininteligible para un pagano, estaba, por lo contrario, muy en su lugar. El árbol de la vida, con su serpiente, está pintado en muchas monedas atenienses; es la imagen del árbol sagrado que se guardaba en el Erechteo y daba la inmortalidad a los atenienses. Pero donde particularmente las concepciones del jardín de deleites, de los árboles frutales, del árbol de la vida, la serpiente, etc., desempeñaban papel importante, era en los misterios de Eleusis. "En el nuevo paraíso—dice Cuadrato—Eva no es seducida, sino que es hallada virgen." Ahora bien, los dos momentos capitales de los misterios de Eleusis eran exactamente las dos escenas en que Kore (e. d. la "virgen") era seducida, primero en el Hades, luego por Zeus en forma de serpiente.

No sólo el capítulo XII, sino también el XI, contiene muchas alusiones a los misterios, por ejemplo: la importancia que el autor da a la adhesión a las tradiciones de los antepasados, a la transmisión de la doctrina mística sólo a aquellos que eran dignos de ella.

Cuando se compara el estilo del epílogo (¡un verdadero estilo profético!) con el de Dg. V, nos damos cuenta que la cuestión de diferencia de estilo debe descartarse. Si se tiene en cuenta la riqueza de ideas, el porcentaje de términos nuevos que ocurren en el epílogo es extremadamente bajo. La laguna entre X y XI ha sido mirada como indicio de que el epílogo no pertenecía a Dg.; mas el manuscrito de Estrasburgo dice expresamente, en nota marginal, que la laguna que ocurre en el capítulo VII y la que viene tras el X se debían a edad del arquetipo, de suerte que originariamente este texto resultaba continuo. El claro entre el capítulo X y el XI aboga antes en favor de la autenticidad que en contra de ella.

Aquí ponemos punto final, con el fin de no exceder la extensión de un resumen. Si nuestra tesis resulta verdadera, la *Carta a Diogneto,* rebautizada con el nombre de *Apología* de Cuadrato, ocupará un lugar importante en el estudio de la primitiva literatura cristiana, y no serán la menor razón los muy desdeñados capítulos XI y XII."

Antítesis y agonía.

La importancia de la tesis de Dom Paul Andriessen, cuyo resumen, hecho por el mismo autor, acaba de ser aquí literalmente transcrito, no estriba tanto en haber dado un nombre y apellido ilustre a una obra bellísima que durante siglos ha andado medio vergonzante sin padre que decididamente la quisiera reconocer por suya, cuanto en la nueva luz que sobre toda ella—sobre su forma no menos que sobre su fondo—queda desde este momento proyectada. Ello solo — aparte la abrumadora e imponente documentación—bastara para arrastrar definitivamente nuestra adhesión y dar por sentado que la hasta ahora llamada—mal llamada—*Carta de Diogneto* no es otra cosa que la *Apología* de Cuadrato, la más antigua y justamente la más bella de las *Apologías* del cristianismo.

Esta *Apología* tenía que ser escrita en Atenas. Allí, donde se vivía en acecho de la última novedad; donde la palabra, para llegar a las almas, tenía que convertirse en música de períodos; donde, en ocasión memorable, el mismo Apóstol San Pablo se impuso una excepción a su ley de no predicar el mensaje divino con arreos de elocuencia humana, un emperador curioso, fino, letrado

y no exento de inquietud religiosa, plantea unas precisas preguntas sobre la religión cristiana y la nueva raza de hombres que la profesan, y un obispo ateniense, dotado, en lo sobrenatural, de carisma profético, del don de vibrar como un arpa al soplo del Espíritu de Dios, y dueño, en lo natural, del más fino arte de la palabra, que en Atenas tuvo cuna y esplendor no superado, logra en su respuesta componer una verdadera obrita maestra, que por su fondo y forma, por su composición, lengua y estilo es de lo más brillante que el primitivo cristianismo produjo en lengua griega.

No nos hallamos, efectivamente, ante la ingenuidad amable de la *Didaché,* ni siquiera ante los atisbos de retórica de San Clemente Romano, ni menos ante la lengua y tono de conversación familiar de la más antigua homilía escrita, que es la *II Clementis,* o el arte tan sabroso, por otra parte, de pintor de las Catacumbas de un Hermas; ni tampoco ante el ardor arrebatado, casi paulino, pero informe de lengua y bárbaro de estilo, de Ignacio de Antioquía, por no citar siquiera la deslavazada *Epistola Barnabae.* Ninguna de estas obras, como queda reiteradamente notado, pertenece estrictamente a la literatura artística, si por arte entendemos, como los griegos entendían, *techne* o artificio, y en eso estriba no pequeña parte de su encanto y su valor. Mas esta *Apología* πρὸς Διόγνητον, escrita en una lengua clásica y pura, es ya una obra artística intachable, compuesta según los cánones de la más ortodoxa tradición literaria, y aderezada con todos los arrequives de la retórica de la época, penetrada, sin embargo—y esto la salva de toda convencionalidad y le da valor perenne—, de toda la vida nueva, de toda la savia primaveral que la nueva religión traía al mundo, para renovar primero las almas, y después, también, la literatura, resonancia, al cabo, de las propias almas.

Este temprano, este elocuente, este férvido apologeta, es ciertamente un heleno. El hecho de que Cuadrato, como evangelista viajero, espoleado siempre por el Espíritu a la búsqueda de tierras y almas nuevas en que dejar caer la siembra salvadora, ejerciera su actividad en Asia Menor y allí dejara profundo recuerdo, no empece para suponerle ateniense de origen, como a Arístides, cuyo nombre y apología va íntimamente ligado el de Cuadrato. Mas, en todo caso, heleno y aun ateniense por origen o por educación, el apologeta de πρὸς Δ. piensa y habla, como todos los de su raza, por antítesis y contrastes. ¡Y qué delicia no hubo de ser para un auténtico griego, capaz de comprenderlo y de sentirlo, el contraste que entonces — momento único en la historia — ofrecían los dos mundos en pugna, en agón o certamen, como hubiera gustado también de decir un griego: el mundo pagano, condenado por ley ineludible a la muerte, pero adherido aún, como hiedra secular, al no menos secular tronco de la vida antigua de Grecia y Roma, y el mundo cristiano, raza nueva, fe nueva, amor nuevo, que venía, aun naturalmente hablando, a inaugurar una etapa nueva en la marcha sin descanso del espíritu y de la historia! Cualquier auténtico escritor—¡no precisamente un literato!—; cualquiera que escribiera por la necesidad íntima de comunicar algo de su propia alma al alma de los otros, tenía que escribir por antítesis, y eso no por receta y fórmula estilística aprendida en la escuela del *rhétor* o *sophistés,* sino por imperativo del tiempo y del espíritu. ¿No fué la antítesis la más fuerte y más frecuente figura retórica de la lengua ardiente y del estilo torrencial del apóstol San Pablo? Y ciertamente, no fué en la escuela de ningún *rhétor* de Tarso donde al Apóstol se le revelaron en toda su agónica fuerza los contrastes de cielo y tierra, de luz y tinieblas, de vida en Cristo y muerte en el pecado, de carne y espíritu, de ley y gracia, y tantos otros que convierten sus cartas en campos de combate, como lo era su alma, y como, en verdad, lo es el alma de todo cristiano, perpetuo centinela en la región fronteriza de los dos mundos, los dos amores—dirá San Agustín—, que se disputan su corazón en jamás rota batalla. El autor de la *Apología* πρὸς Δ, que se llama a sí mismo "discípulo de los Apóstoles", lo es señaladamente del apóstol San Pablo en este superior manejo de un recurso estilístico de tan vieja tradición, como que se hunde en las raíces mismas del espíritu y de la lengua helénica, y que, por ende, tan certero efecto habría de producir en un auditorio ateniense y en un emperador tan helenizado por dentro y por fuera como Adriano. No tiene Cuadrato, como no tuvo nadie después de él, aun entrando en la cuenta San Agustín, la fuerza arrolladora del alma y del estilo del Apóstol; pero se pone como él realmente en la línea de escritor agónico al emplear, por imposición del tema, la antítesis como principal recurso estilístico. Pero, además, puede asegurarse un influjo directo de algunas de las más agónicas páginas de San Pablo sobre otras, cruzadas de antítesis, del autor de Dg., por ejemplo, la famosa descripción de la vida de los cristianos (Dg. V),

en que hay reminiscencias literales de II Cor. 6, 8-10, ejemplo clásico del estilo antitético de San Pablo.

"... por honra y por deshonra (por buena y por mala fama): como embusteros y, sin embargo, veraces; como desconocidos y, sin embargo, reconocidos; como quienes están muriendo y, sin embargo, henos aquí vivos; como castigados, pero no de muerte; como tristes y, en realidad, alegres siempre; como pobres, pero que enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen y todo lo poseen."

El apologista, por su parte:

"Los cristianos habitan sus propias patrias, pero como forasteros. Toman en todo parte como ciudadanos, y todo lo soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es patria suya, y toda patria tierra extraña... Se hallan envueltos por la carne, pero no viven según la carne. Pasan su tiempo sobre la tierra, pero tienen su ciudadanía en los cielos (cf. Phil. 3, 20)... Aman a todos y por todos son perseguidos. Se los desconoce y se los condena. Se les da la muerte y en ello se los vivifica. Son pobres y enriquecen a muchos. Están faltos de todo y abundan en todo. Se los deshonra y en las deshonras se les da gloria. Se los maldice y se los declara justos. Se los injuria y ellos bendicen. Se los insulta y ellos tributan honor. Siendo bienhechores, se los castiga de muerte como a malhechores. Castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida..."

Comprendemos, ante esta página, la admiración de Renán, que han compartido tras él, y sin duda con más pura intención que él, todos los historiadores o críticos de la literatura cristiana.

Y, sin embargo, ni en San Pablo ni en la *Apología* de Cuadrato hay amaneramiento retórico. Porque hay que asentar bien asentado que la retórica sólo es mala y propia "retórica" cuando, de lo que en un momento fué ímpetu y creación de vida, hace ella fórmula y receta de estilo que pueda usarse aun cuando ya se extinguió la última vibración de la vida. Flores de papel o trapo colorado, en vez de rosas frescas de abril y mayo; barniz y colorete, en vez de sangre caliente por las mejillas en primavera y flor de juventud. Hay, en efecto, en este escrito, tan fino y elegante, un auténtico calor de vida que le separa de toda obra de ejercicio escolar, de todo ensayo retórico con miras a la ostentación de la propia *deinotes* o elocuencia; hay una verdadera unción religiosa, que ha hecho adivinar a un obispo en el elegante retórico que habla en Dg. antes de que pudiéramos dar

por cierto que lo fué el ateniense Cuadrato; hay, en fin, en los capítulos de más alto vuelo de fervor y entusiasmo, un verdadero "estilo profético", según la calificación atinada de Andriessen. Que un profeta cristiano, que habla en Atenas ante un emperador *graeculus*, rodeado de rhétores, eche mano de la flauta pánica de la retórica y no se acuerde apenas de las trompetas del santuario de los profetas de Israel, entraba en la táctica seguida por San Pablo en esa misma Atenas, cuando, ante un auditorio de estoicos, cita un verso de Arato que había de sonarles mejor que un oráculo de la Escritura:

"Mas cuando vino el tiempo que Dios tenía preestablecido para manifestarnos en adelante su bondad y su poder (¡oh excesiva benignidad y amor de Dios!), no nos aborreció ni nos rechazó de sí, ni nos guardó rencor, sino que tuvo paciencia con nosotros, nos soportó, y Él mismo, por pura misericordia, tomó sobre sí nuestros pecados, Él nos entregó a su propio Hijo por rescate nuestro, al Justo por los pecadores (ἄνομος, al modo romano, "el sin ley"), al Inocente por los malvados, al Justo por los injustos, al Incorruptible por los corruptibles, al Inmortal por los mortales. Porque ¿qué otra cosa podía cubrir nuestros pecados que la justicia suya? ¿En quién otro podíamos ser justificados nosotros, pecadores e impíos, sino en el solo Hijo de Dios? ¡Oh dulce trueque, oh obra insondable, oh beneficios inesperados! ¡Que la iniquidad de muchos quedara oculta en un solo Justo y la justicia de uno solo justificara a muchos pecadores! (IX, 2-5).

Sólo un cristiano, sólo un *presbyteros*, podía hablar así en pleno siglo II, y este calor cordial, este acento de intimidad, separa la *Apología* de Cuadrato de todo lo griego; por lo menos, de todo lo griego contemporáneo de Adriano y Marco Aurelio. Es la lengua del corazón, que sólo el cristianismo sabía entonces hablar, porque sólo él conocía el secreto del corazón de Dios: el amor.

DISCÍPULO DE LOS APÓSTOLES.

Si la identificación de la *Carta a Diogneto* con la *Apología* de Cuadrato nos da la clave de su estilo, que resultaba casi un escándalo—así parece percibirlo Goodspeed en el juicio transcrito—dentro de la primitiva literatura cristiana, no menos se ilumina su fondo y doctrina, de pura rectitud apostólica. Es el momento de repetir las palabras de Eusebio:

"También nosotros poseemos el escrito de Cuadrato,

por el que son de ver testimonios brillantes del talento de su autor y de su apostólica rectitud de doctrina" (HE, IV, 3).

Conviene acentuar la apostolicidad del πρὸς Δ, pues, a decir verdad, no se sabía hasta ahora dónde colocar un escrito que, siendo una *Apología*, difería de todas las otras y se la miraba como intrusa entre los Padres Apostólicos. "Al reconocer como inauténticos — dice Bihlmeyer—los dos últimos capítulos, en que el autor se confiesa "discípulo de los Apóstoles" y "Doctor de las naciones", desaparece el motivo fundamental por que fué anteriormente colocada la *Epístola a Diogneto* entre los Padres Apostólicos. Sin embargo, aun hoy día, por el atractivo de su fondo y las excelencias de su lengua y estilo, se la deja en el grupo tradicional; más exacto fuera ordenarla entre los apologistas del siglo II o III." Identificado el autor de Dg. con Cuadrato, *vir apostolicus*, uno de los que ocuparon el primer puesto en la sucesión de los Apóstoles y dejaron en sus escritos testimonio de su doctrina, ya no cabe vacilar sobre el grupo en que deba incluirse su *Apología*. Si por la refutación del paganismo, y estar dirigida y, muy posiblemente, pronunciada también ante auditorio pagano, pertenece a los apologistas, por su preferente atención al misterio cristiano, por la íntima unción de homilía ante creyentes de la misma fe, por el arrebato profético al cantar los beneficios de la nueva vida divina, entra llenamente en la esfera de los Padres Apostólicos, cuya voz íntima oyeron las primeras comunidades cristianas congregadas en uno por el amor de Cristo. De toda la *Apología* pueden decirse estas palabras con que Andriessen termina su admirable estudio e interpretación del epílogo de ella (cc. XI y XII):

"Cuadrato pronunciaba su *Apología* delante de un doble auditorio, pagano y cristiano, *et audiebat unusquisque lingua sua illum loquentem*. Había en sus palabras un sentido para todos, un sentido para cada uno de los dos grupos..." Sigámosle por unos momentos nosotros como a discípulo de los Apóstoles.

El apologeta procede, sin género de duda, del paganismo, y por todo su escrito corre un férvido sentimiento de gratitud a Dios y una alegría serena y triunfante por haber salido de las tinieblas de la idolatría y conocido de verdad a Dios por Jesucristo: "Porque ¿quién en absoluto de entre los hombres conocía qué cosa fuera Dios antes de venir Él en persona al mundo?" No le conocieron, ciertamente, los vanos y necios filósofos, de

los que unos afirmaron ser Dios el fuego, y otros, el agua; otros, cualquiera de los elementos creados por Dios mismo. Fué necesario que se mostrara por sí mismo, y "se mostró por medio de la fe, única a que se concede ver a Dios" (VIII, 1-25). El judaísmo, con su culto material y grosero, con sus escrúpulos y supersticiones, con toda su complicación de ritos y observancias, no le merece sino profundo desdén y hasta mofa y escarnio (χλεύης ἄξιον). Saliéndose, sin duda, un tanto de la línea marcada por San Pablo, este vehemente cristiano no se siente ligado para nada — ni aun históricamente — con la antigua religión de Israel, grávida de Cristo, en expresión agustiniana. Ni una alusión al profetismo, ni la más leve concesión a la razón histórica y transitoria de la ley y de la religión antigua, cuya herencia de verdad pasa íntegra a la religión nueva. Ni se le ocurre tampoco meterse, como el pseudo-Barnabas, por el laberinto alegórico para explicar de algún modo el gran paso, sin solución de continuidad, de una religión a otra, de judaísmo a cristianismo. Cuadrato, mirando, sobre todo, a su auditorio, hostil, del emperador abajo, al judaísmo, considera simplemente a éste en el momento en que él escribe o habla, y en ese momento no hay duda de que la condenación de lo umbrátil y caduco ante la aparición de la religión del Espíritu y de la verdad está plenamente justificada.

En cambio ¡qué altísima idea tiene el apologista de la religión cristiana, opuesta casi por igual y de modo tajante a paganismo y judaísmo! El cristianismo es un misterio, palabra de doble faz, que en Adriano y su séquito había de evocar los ritos de Eleusis, en que el emperador acababa de iniciarse, y para Cuadrato y los suyos tenía resonancias de la lengua o pensamiento paulino, por el que les era dado remontarse a los secretos eternos de Dios, que se cifraban en el llamamiento de los gentiles—de los hombres todos—a ser *coherederos y concorpóreos y partícipes de la promesa en Cristo Jesús por el Evangelio*... (Eph. 3, 6).

Ese misterio, secreto desde los siglos en Dios (cf. Dg. VIII, 10) y ahora revelado en Espíritu a sus santos Apóstoles y profetas (Eph. 3, 5), lo sabe muy bien Cuadrato, que era apóstol y profeta, y, sin embargo, le previene a su regio oyente "que no espere poder saber el misterio de la religión cristiana de ningún hombre (IV, 6), pues no se trata, en efecto, de una enseñanza inventada por talento y cavilación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, los cristianos dogma humano" (V, 3;

cf. VII, 1). El, por su parte, no tiene prisa en revelárselo a su curioso oyente. Le interesa, más bien, que reflexione sobre los hechos, sobre el conjunto de paradojas que es la vida de los cristianos en el mundo. Ellos son, en verdad, una raza nueva; su género de vida es también una novedad; su doctrina es nueva y, si se quiere entender, hay que empezar por convertirse de raíz en hombre nuevo. Viejos ya también nosotros, no percibimos quizá todo el timbre de plata acendrada con que hubieron de sonar estas palabras en un mundo no ya sólo antiguo, viejo, sino decrépito, sin apenas fe en nada, sin esperanza y sin alegría. En el alma cristiana, en cambio, de este apologeta, que no se cansa de repetir la palabra καινός, "nuevo", nos parece asistir al júbilo de luz y cantos de un amanecer de primavera.

Los cristianos — resume el apologista — son el alma del mundo. Se los puede perseguir, maldecir, calumniar, desconocer, condenar a muerte; nada podrá hacerles desertar del puesto que Dios les tiene reservado en el mundo. ¿Dónde está el secreto de su fuerza, de qué profundo hontanar fluye su vida sorprendente y extraña? De algo muy íntimo y divino. No se trata—repite por tercera vez Cuadrato a su regio oyente—de un invento terreno; no creería el cristiano que valía la pena guardar tan cuidadosamente un pensamiento o sistema mortal; no son misterios humanos los que se les ha encomendado administrar, sino que "el mismo que es verdaderamente omnipotente, creador del universo y Dios invisible, Él mismo, desde los cielos, hizo morar y afirmó en los corazones de los hombres su Verdad y su Verbo, santo e incomprensible..."

Esa Verdad y ese Verbo no los concibe el apologista como una abstracción, como un teorema o teoría, sino como una persona viviente y una persona, que si no se dice—porque no es venido el momento de decirlo—que es Dios, se pone en la más alta, inmediata y misteriosa relación con Dios en la obra de la creación, porque no envió Dios a los hombres a uno de sus ministros o servidores, a un mensajero o príncipe de los que gobiernan y administran el mundo celeste o esta tierra nuestra, sino "al Artífice mismo y Creador del universo, por quien Él creó los cielos, por quien encerró la mar en sus propios lindes, cuyos misterios fielmente guardan todos los elementos, de quien recibe el sol las medidas que ha de guardar en su diurna carrera, a quien la luna obedece cuando le manda brillar en la noche, a quien obedecen las estrellas que forman el séquito de la luna en su carrera, por quien todo ha sido ordenado, limitado y sometido: los cielos y cuanto los cielos contienen, la tierra y cuanto en la tierra existe, el mar y cuanto en el mar se encierra, el fuego, el aire, el abismo, lo que hay en las alturas, lo que hay en las profundidades, lo que hay entre medio. A Este les envió" (VII, 2). Y conocer esta Verdad y este Verbo, adherirse a Él por fe y caridad, asentarle y afirmarle en su corazón, es, sin duda, para este lúcido apologeta ateniense, toda la esencia del cristianismo, la fuente misma de su vida, el secreto de su fuerza, de su alegría, de su expansión conquistadora, de su fecundidad inextinta, a despecho de toda persecución y de toda la sangre derramada.

Hay que admirar la sencillez a par que profundidad de esta concepción del cristianismo, única, por lo demás, verdadera y suficiente, en un apologista del siglo II; pero es que este apologista se confiesa a sí mismo discípulo de los Apóstoles, y aquí demuestra que lo es eminente de Pablo y Juan. Las epístolas paulinas y el cuarto Evangelio son la fuente remota de esta luminosa concepción cristiana, cifrada en la fe del misterio de la Encarnación, en la total entrega a una Persona divina que unió consigo nuestra humana naturaleza.

Cuadrato hubo de dar aquí alguna noticia del acontecer humano de ese *Logos* venido al mundo y venido para los fines de amor y benignidad por que fué enviado. Mas en este punto ha querido el azar que la *Apología* sufriera un corte y sólo nos queda el fragmento salvado por Eusebio y que hay que transcribir una vez más:

"Las obras, empero, de nuestro Salvador estuvieron siempre a la vista de todo el mundo, pues eran verdaderas; así, los curados y resucitados de entre los muertos, que no sólo fueron vistos en el momento de ser curados y resucitados, sino siempre en adelante. Y no sólo mientras el Salvador permaneció en la tierra, sino aun después de subido Él a los cielos, vivieron bastante tiempo, de suerte que algunos de ellos alcanzaron hasta nuestros días."

Este punto importante, clave de la identificación de Dg. con la *Apología* de Cuadrato, creemos ha sido puesto definitivamente en claro por el concienzudo análisis de Dom P. Andriessen, a quien nuevamente remitimos. Aceptada su tesis, cae por su base la observación de Lebreton, que, sin embargo, vale la pena transcribir, acerca de la *Carta a Diogneto*:

"Se notará, por lo contrario, que si el apologista habla de la encarnación del Verbo, no nombra a Jesucris-

to, y deja en la sombra su vida, sus milagros, su resurrección. Este silencio no es peculiar a nuestro autor; la mayor parte de los apologistas se han hecho ley de ello, reservando, sin duda, a una instrucción cristiana ulterior toda la enseñanza evangélica. Sólo Justino sale de esta reserva; mientras los otros apologistas se paran en el umbral, él penetra en el santuario de la fe e introduce en él al lector...". Ahora podemos afirmar que debió de ser el autor de Dg., es decir, el apologista Cuadrato, quien sirvió de modelo a Justino, y no sólo en el texto perdido de su *Apología* y en el fragmento conservado por Eusebio hablaba de la persona y obras de Jesucristo, sino que en el epílogo de Dg., felizmente reintegrado también a la obra total por el sagaz análisis de Andriessen, penetraba y trataba de introducir consigo a sus oyentes en lo más secreto del santuario. ¡Misterios de la interpretación! Allí donde los críticos, llevados del prejuicio de la inautenticidad, no veían sino rebuscamiento y afectación, una lengua vaga y penosa sin la enérgica sencillez, en su elegancia, del resto de la obra, y un cierto calor gnóstico esparcido por todo el trozo, nosotros podemos percibir ahora las notas de un verdadero himno de júbilo cristiano, que el obispo ateniense, dotado del carisma profético, entona como un hierofante ante la suprema revelación del misterio del Verbo, con todo su tesoro de gracia y vida nueva:

"Por eso envió a su Verbo, para que se manifestara al mundo; Verbo que, despreciado por su pueblo y predicado por los Apóstoles, fué creído por los gentiles. Él, que es desde el principio, que apareció nuevo y fué hallado viejo, y nace siempre nuevo en los corazones de los santos. Él, que es eterno y es hoy reconocido como Hijo. Por quien la Iglesia se enriquece, y la gracia, desplegada, se multiplica en los santos; gracia que procura inteligencia, manifiesta los misterios, anuncia los tiempos, se regocija en los creyentes, se reparte a los que buscan, a los que no infringen las reglas de la fe ni traspasan los límites de los Padres. Luego se canta el temor de la ley (lo que era temor se convierte en canto), se reconoce la gracia de los profetas, se asienta la fe de los Evangelios, se guarda la tradición de los Apóstoles y la gracia de la Iglesia salta de júbilo" (XI, 3-6).

La Iglesia—y en ella cada alma que posee por fe y amor al Verbo verdadero—es el paraíso de deleites en que Él mismo es el árbol de la ciencia y de la vida:

"Si el árbol del Verbo llevares y produjeres en abundancia su fruto, cosecharás siempre lo que ante Dios es apetecible, fruto que la serpiente no toca y al que no se mezcla engaño. Eva no es corrompida, sino que es creída virgen; la salvación es mostrada, y los Apóstoles se vuelven sabios, y la Pascua del Señor se adelanta, y antorchas se congregan, y con el mundo se desposa, y, a par que instruye a los santos, se regocija el Verbo, por quien el Padre es glorificado. ¡A Él sea la gloria por los siglos! Amén" (XII, 8-9).

Léase y reléase íntegro, ajenos a todo juicio y preocupación crítica, este trozo incomparable de la literatura cristiana. Léale, quien pueda, en su texto original, para gustar plenamente de su belleza de lengua, de rima y hasta de ritmo. Mas no es sólo un artista el que habla; es, ante todo, un profeta, y sus palabras son tan ricas de sentido que toda explicación las empobrece (Andriessen). Pero a la más leve pausa que el profeta inspirado impusiera a su himno de gracias por los beneficios de la epifanía del Verbo, debía oir que de su auditorio pagano se levantaba una voz, entre dudosa e inquieta, que le repetía la pregunta liminar de todo el discurso: ¿Por qué, entonces, había tardado tanto su Dios en revelarse a los hombres y mostrarles este solo camino verdadero de la salvación, que se proclama, frente a paganos y judíos, la religión cristiana? El problema es real y ha ejercitado el ingenio de los apologistas antiguos como el de los modernos. El nuestro aventura aquí también su explicación, que si no convence, como tantas otras explicaciones de congruencia de teólogos y apologistas, sino a los ya convencidos (¡y no es poco!), porque se trata sencillamente de secretos que se ha reservado el Señor revelarnos en la eternidad, nos muestra, en todo caso, un alma ávida de claridad, una auténtica alma helénica que necesita, ante todo, ver y contemplar, que anhela la teoría como el ojo la luz. La teoría de Cuadrato es la misma de San Pablo:

"Porque todos pecaron y están faltos de gloria de Dios, justificados graciosamente con su gracia por la redención en Cristo Jesús, a quien Dios se escogió como instrumento de propiciación por la fe en su sangre, para ostentación de la justicia por medio del perdón de los pecados cometidos antes, en el tiempo de la paciencia de Dios; para ostentación, digo, de su justicia en el tiempo presente y a fin de que se vea que Él es justo y justifica a quien quiera creer en Jesús" (Rom. 3, 23-26).

Nuestro apologista discurre de modo semejante: Dios concibió un sabio e inefable consejo de salvación del hombre que comunicó sólo con su Hijo. Ahora bien, en

el tiempo que lo tuvo oculto en el secreto de su mente, parecía no cuidarse de la Humanidad, que corría a rienda suelta de sus míseros instintos. "Y no es que Dios se complaciera absolutamente en nuestros pecados, sino que los soportaba (ἀνεχόμενος, tiempos de la ἐνοχή de Dios, que dijo San Pablo), ni que aprobara aquel tiempo de iniquidad, sino que preparaba el tiempo presente de justicia a fin de que, convictos en el tiempo pasado, por nuestras propias obras, de ser indignos de la vida, ahora fuéramos hechos dignos por la benignidad de Dios, y habiendo puesto de manifiesto la imposibilidad de entrar por nuestras propias fuerzas en el reino de Dios, se nos hiciera ahora posible por la virtud de Dios; y cuando nuestra maldad llegó a su colmo y estuvo perfectamente claro que la recompensa que cabía aguardar de ella era sólo castigo y muerte, entonces fué llegado el momento que tenía Dios predestinado para manifestarnos en adelante su bondad y su poder" (IX, 1-2).

"Este sentimiento profundo—comenta aquí Puech—de la nada de la naturaleza humana, de la omnipotencia divina, de la eficacia y de la necesidad de la gracia, colocan la *Carta a Diogneto* en puesto totalmente aparte entre los escritos (apologéticos) que hemos estudiado. No hay riesgo que se diga de este apologista que es más filósofo que cristiano". No; este apologista es, como él mismo se llama en tono y lengua paulina, "discípulo de los Apóstoles y maestro de las naciones".

Al amor de Dios, finalmente, invita el *rhétor* cristiano a sus oyentes, pasando antes por la fe y conocimiento del Padre. Ese conocimiento y amor de Dios Padre es, sin duda, uno de los últimos secretos del cristianismo y parte principal de la revelación del Verbo a los hombres. Porque si nadie en absoluto—diremos como el apologeta—supo jamás qué cosa sea Dios antes de venir Él mismo a la tierra, ¿quién supo nada del amor que Dios nos tuvo como Padre? Sólo el Hijo unigénito, que estuvo desde la eternidad en su seno y vino a contárnoslo abiertamente (Dg. XI, 2) en la tierra. Esta página, en que Cuadrato entona un himno a la caridad de Dios, es única en la literatura antigua:

"Porque Dios amó a los hombres, por los que creó el mundo, a los que sometió cuanto hay en la tierra, a quien dió razón e inteligencia, a quienes únicamente permitió mirar a lo alto hacia Él, a quienes formó a su propia imagen, a quienes envió su Hijo Unigénito, a quienes prometió su reino en el cielo, reino que dará a quienes le hubieran amado en la tierra". ¡Discípulo de los Apóstoles y maestro de las naciones! Cuadrato lo es aquí patentemente del discípulo a quien Jesús amaba, el que definió a Dios como esencial amor (1 Io. 4, 16), el que supo y consignó a su hora los más divinos secretos del amor de su Maestro. Cuadrato tuvo aquí presente la conversación de Jesús con Nicodemus, en que el Señor dijo al fariseo: *De tal modo amó Dios al mundo, que le dió su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que crea en Él no se pierda, sino que tenga la vida eterna* (Io. 3, 16). "Y si a Dios amares—prosigue el apologista—, ¿de qué alegría piensas que te llenarás?" (X, 3).

Todo el cristianismo está ahí: la alegría en el amor de Dios. Ahí tenía el regio preguntante la clave para explicarse el enigma de aquella raza nueva, que despreciaban el mundo, afrontaban serenamente la muerte, bendecían a los que los maldecían, amaban a los que los perseguían y odiaban de muerte. El amor a Dios los henchía de un gozo en el Espíritu, como el mundo antiguo no había ni remotamante barruntado.

El amor de Dios, otrosí, era lazo que los unía entre sí, y aquí está la respuesta a la otra pregunta sobre ese amor que se tienen entre sí, contrastando con un mundo que San Pablo, implacable y certeramente, calificó "sin amor y sin compasión" (Rom. 1, 31).

"Porque no está la felicidad—como creen Adriano y sus aduladores—en dominar tiránicamente a su prójimo, ni en estar por encima de los débiles, ni en enriquecersé y violentar a los necesitados, ni es ahí donde nadie puede ser imitador de Dios, pues todo eso es ajeno de su majestad, sino el que carga sobre sí el peso de su prójimo, el que trata de hacer un bien a su inferior en lo mismo que es él superior, el que suministrando a los menesterosos lo mismo que él tiene recibido de Dios se convierte en Dios para ellos, ése es el verdadero imitador de Dios" (X, 5).

A este ideal invita resueltamente Cuadrato al emperador, si quiere, él, *omnium curiositatum explorator*, comprender algo del misterio cristiano.

"Entonces, aun morando en la tierra, contemplarás cómo Dios tiene su imperio en el cielo; entonces empezarás a hablar los misterios de Dios; entonces no sólo amarás, sino que admirarás a los que sufren la muerte por no renegar de Dios..." (X, 7).

Comprenderá, en una palabra, el secreto último del cristianismo, el misterio verdadero que el profeta va a

cantar inspiradamente en el epílogo de los últimos capítulos.

* * *

Tal es esta joya de la primitiva literatura cristiana. en que tan maravillosa y tempranamente se aunaron el genio griego de la claridad y la armonía con el calor de caridad que el Espíritu de Dios encendió en las almas para hacer brotar de ellas una nueva primavera, no sólo de virtud y vida divina, sino de arte y de belleza, jamás antes sospechada.

DISCURSO A DIOGNETO

Exordio.

I. Pues veo, Excelentísimo Diogneto, tu extraordinario interés por conocer la religión de los cristianos y que muy puntual y cuidadosamente has preguntado sobre ella: primero, qué Dios es ése en que confían y qué género de culto le tributan para que así desdeñen todos ellos el mundo y desprecien la muerte, sin que, por una parte, crean en los dioses que los griegos tienen por tales y, por otra, no observen tampoco la superstición de los judíos; y luego, qué amor es ése que se tienen unos a otros; y por qué, finalmente, apareció justamente ahora y no antes en el mundo esta nueva raza, o nuevo género de vida; no puedo menos de alabarte por este empeño tuyo, a par que suplico a Dios, que es quien nos concede lo mismo el hablar que el oír, que a mí me conceda hablar de manera que mi discurso redunde en provecho tuyo, y a ti el oír de modo que no tenga por qué entristecerse el que te dirigió su palabra.

ΕΠΙΣΤΟΛΗ ΠΡΟΣ ΔΙΟΓΝΗΤΟΝ.

I. Ἐπειδὴ ὁρῶ, κράτιστε Διόγνητε, ὑπερεσπουδακότα σε τὴν θεοσέβειαν τῶν Χριστιανῶν μαθεῖν καὶ πάνυ σαφῶς καὶ ἐπιμελῶς πυνθανόμενον περὶ αὐτῶν, τίνι τε θεῷ πεποιθότες καὶ πῶς θρησκεύοντες αὐτὸν <τόν> τε κόσμον ὑπερορῶσι πάντες καὶ θανάτου καταφρονοῦσι καὶ οὔτε τοὺς νομιζομένους ὑπὸ τῶν Ἑλλήνων θεοὺς λογίζονται οὔτε τὴν Ἰουδαίων δεισιδαιμονίαν φυλάσσουσι, καὶ τίνα τὴν φιλοστοργίαν ἔχουσι πρὸς ἀλλήλους, καὶ τί δή ποτε καινὸν τοῦτο γένος ἢ ἐπιτήδευμα εἰσῆλθεν εἰς τὸν βίον νῦν καὶ οὐ πρότερον· ἀποδέχομαί γε τῆς προθυμίας σε ταύτης καὶ παρὰ τοῦ θεοῦ, τοῦ καὶ τὸ λέγειν καὶ τὸ ἀκούειν ἡμῖν χορηγοῦντος, αἰτοῦμαι δοθῆναι ἐμοὶ μὲν εἰπεῖν οὕτως, ὡς μάλιστά ἂν ἀκούσαντά σε βελτίω γενέσθαι, σοί τε οὕτως ἀκοῦσαι, ὡς μὴ λυπηθῆναι τὸν εἰπόντα.

Refutación de la idolatría.

II. ¡Ea, pues! Limpiádote que te hayas a ti mismo de todos los prejuicios que tienen asida de antemano tu mente; despojado de la vulgar costumbre que te engaña, y convertido, como de raíz, en un hombre nuevo, como quien va a escuchar, según tu misma confesión, una doctrina nueva; mira no sólo con los ojos, sino también con tu inteligencia, de qué substancia o de qué forma son los que vosotros decís dioses y por tales tenéis. 2. ¿No es así que uno es una piedra, como cualquiera de las que pisamos con nuestros pies; otro, un pedazo de bronce, no de mejor calidad que el que sirve para labrar los utensilios para nuestro uso; otro, un leño que, por añadidura, está ya podrido; otro, plata que necesita de un hombre que la custodie para que no la roben; otro, hierro tomado de orín; otro, finalmente, un pedazo de arcilla, no más preciosa que la empleada en los cacharros de nuestro más bajo servicio? 3. ¿No está todo eso fabricado de materia corruptible? ¿No se labra todo a poder de hierro y fuego? ¿No fué el escultor quien modeló a unos, el herrero y el platero a otros y el alfarero a los demás? ¿No es cierto que antes de ser moldeados por estos artífices en la forma que ahora tienen, cada uno de ellos era, lo mismo que ahora, transformable en otro? Y los utensilios de la misma materia que ahora vemos, ¿no pudieran convertirse en dioses como ésos, si los trabajaran los mismos artífices? 4. Y al revés, esos que vosotros adoráis ahora, ¿no pudieran pasar, por mano de hombres, a ser cacharros semejantes a los demás? ¿Es

II. Ἄγε δή, καθάρας σεαυτὸν ἀπὸ πάντων τῶν προκατεχόντων σου τὴν διάνοιαν λογισμῶν καὶ τὴν ἀπατῶσάν σε συνήθειαν ἀποσκευασάμενος, καὶ γενόμενος ὥσπερ ἐξ ἀρχῆς καινὸς ἄνθρωπος, ὡς ἂν καὶ λόγου καινοῦ, καθάπερ καὶ αὐτὸς ὡμολόγησας, ἀκροατὴς ἐσόμενος· ἴδε μὴ μόνον τοῖς ὀφθαλμοῖς, ἀλλὰ καὶ τῇ φρονήσει, τίνος ὑποστάσεως ἢ τίνος εἴδους τυγχάνουσιν, οὓς ἐρεῖτε καὶ νομίζετε θεούς. 2. οὐχ ὁ μέν τις λίθος ἐστίν, ὅμοιος τῷ πατουμένῳ, ὁ δ' ἐστὶ χαλκός, οὐ κρείσσων τῶν εἰς τὴν χρῆσιν ἡμῖν κεχαλκευμένων σκευῶν, ὁ δὲ ξύλον, ἤδη καὶ σεσηπός, ὁ δὲ ἄργυρος, χρῄζων ἀνθρώπου τοῦ φυλάξαντος, ἵνα μὴ κλαπῇ, ὁ δὲ σίδηρος, ὑπὸ ἰοῦ διεφθαρμένος, ὁ δὲ ὄστρακον, οὐδὲν τοῦ κατεσκευασμένου πρὸς τὴν ἀτιμοτάτην ὑπηρεσίαν εὐπρεπέστερον; 3. οὐ φθαρτῆς ὕλης ταῦτα πάντα; οὐχ ὑπὸ σιδήρου καὶ πυρὸς κεχαλκευμένα; οὐχ ὁ μὲν αὐτῶν λιθοξόος, ὁ δὲ χαλκεύς, ὁ δὲ ἀργυροκόπος, ὁ δὲ καραμεὺς ἔπλασεν; οὐ πρὶν ἢ ταῖς τέχναις τούτων εἰς τὴν μορφὴν τούτων ἐκτυπωθῆναι, ἦν ἕκαστον αὐτῶν ἑκάστῳ, ἔτι καὶ νῦν, μεταμεμορφωμένον; οὐ τὰ νῦν ἐκ τῆς αὐτῆς ὕλης ὄντα σκεύη γένοιτ' ἄν, εἰ τύχοι τῶν αὐτῶν τεχνιτῶν, ὅμοια τοιούτοις; 4. οὐ ταῦτα πάλιν, τὰ νῦν ὑφ' ὑμῶν προσκυνούμενα, δύναιτ' ἂν ὑπὸ ἀνθρώπων σκεύη ὅμοια γενέσθαι τοῖς λοιποῖς; οὐ κωφὰ πάντα; οὐ τυφλά; οὐκ

que todo eso no son cosas sordas, cosas todas ciegas, todas inanimadas, todas insensibles, inmóviles todas? ¿No se pudren todas? ¿No se destruyen todas? 5. Y a esas cosas dais nombre de dioses, a esas cosas servís, a esas cosas adoráis y a ellas termináis por haceros semejantes.

6. Y luego aborrecéis a los cristianos porque no creen en semejantes dioses. 7. Pero ¿no los despreciáis mucho más vosotros, justamente cuando pensáis darles culto y creer en ellos? ¿Acaso no os burláis vosotros más de ellos y los cubrís de baldón en el hecho de que a los de piedra y arcilla les dais culto sin que tenga que custodiarlos nadie, pero a los de plata y oro los encerráis durante la noche y les ponéis guarda durante el día para que no los roben? 8. Pues digamos de las honras que creéis tributarles. A la verdad, si vuestros dioses tienen sentido, más bien los castigáis con ellas; y si son insensibles, con vuestras ofrendas de sangre y grasas no hacéis sino ponerlos de manifiesto. 9. Pruebe, si no, alguno de vosotros a soportar nada de eso; aguante nadie que se le hagan tales ofrendas. Naturalmente, no habrá hombre en el mundo que soporte de buena gana semejante tormento, pues el hombre tiene sentido y razón; la piedra, en cambio, lo soporta todo, porque es insensible.

10. En conclusión, mucho más pudiera decir sobre la razón que tienen los cristianos de no someterse a la servidumbre de tales dioses; mas si lo dicho no le pareciere a alguno suficiente, tengo por tiempo perdido el seguir diciendo nada más.

ἄψυχα; οὐκ ἀναίσθητα; οὐκ ἀκίνητα; οὐ πάντα σηπόμενα; οὐ πάντα φθειρόμενα; 5. ταῦτα θεοὺς καλεῖτε, τούτοις δουλεύετε, τούτοις προσκυνεῖτε, τέλεον δ' αὐτοῖς ἐξομοιοῦσθε. 6. διὰ τοῦτο μισεῖτε Χριστιανούς, ὅτι τούτους οὐχ ἡγοῦνται θεούς. 7. ὑμεῖς γὰρ αἰνεῖν νομίζοντες καὶ οἰόμενοι, οὐ πολὺ πλεόν αὐτῶν καταφρονεῖτε; οὐ πολὺ μᾶλλον αὐτοὺς χλευάζετε καὶ ὑβρίζετε, τοὺς μὲν λιθίνους καὶ ὀστρακίνους σέβοντες ἀφυλάκτους, τοὺς δὲ ἀργυρέους καὶ χρυσοῦς ἐγκλείοντες ταῖς νυξὶ καὶ ταῖς ἡμέραις φύλακας παρακαθιστάντες, ἵνα μὴ κλαπῶσιν; 8. αἷς δὲ δοκεῖτε τιμαῖς προσφέρειν, εἰ μὲν αἰσθάνονται, κολάζετε μᾶλλον αὐτούς· εἰ δὲ ἀναισθητοῦσιν, ἐλέγχοντες αἵματι καὶ κνίσαις αὐτοὺς θρησκεύετε. 9. ταῦθ' ὑμῶν τις ὑπομεινάτω, ταῦτα ἀνασχέσθω τις ἑαυτῷ γενέσθαι. ἀλλὰ ἄνθρωπος μὲν οὐδὲ εἷς ταύτης τῆς κολάσεως ἑκὼν ἀνέξεται, αἴσθησιν γὰρ ἔχει καὶ λογισμόν· ὁ δὲ λίθος ἀνέχεται, ἀναισθητεῖ γάρ. οὐκοῦν τὴν αἴσθησιν αὐτοῦ ἐλέγχετε. 10. περὶ μὲν οὖν τοῦ μὴ δεδουλῶσθαι Χριστιανοὺς τοιούτοις θεοῖς πολλὰ μὲν <ἂν> καὶ ἄλλα εἰπεῖν ἔχοιμι· εἰ δέ τινι μὴ δοκοίη κἂν ταῦτα ἱκανά, περισσὸν ἡγοῦμαι καὶ τὸ πλείω λέγειν.

Refutación del judaísmo.

III. Después de esto, creo que tienes particular deseo de saber por qué los cristianos no practican la misma forma de culto a Dios que los judíos. 2. Ahora bien, los judíos, en cuanto se apartan de la sobredicha idolatría y dan culto a un solo Dios y soberano Dueño del universo, tienen absolutamente razón; mas en el hecho de tributarle a Dios ese culto de modo semejante a los antedichos, se equivocan de medio a medio. 3. Porque si los griegos dan pruebas de insensatez al ofrecer sus sacrificios a ídolos insensibles y sordos, éstos, que piensan ofrecérselos a Dios como si tuviera necesidad de ellos, más bien hay que decir que practican una necedad que una religión o culto a Dios. 4. Porque aquel Dios *que hizo el cielo y la tierra y cuanto en ella se contiene*, y que a todos nos suministra lo que necesitamos, de nada absolutamente puede estar Él mismo necesitado, cuando es Él quien procura las cosas a los mismos que se imaginan ofrecérselas. 5. Ahora bien, los judíos, que creen ofrecerle sacrificios de sangre y grasa y holocaustos y que con estos honores le enaltecen, paréceme a mí que en nada se diferencian de los que tributan esas mismas honras a ídolos sordos. Los unos se los tributan a quienes ninguna parte pueden tener en tales honores; los otros se imaginan dar algo a quien de nada tiene necesidad.

III. Ἑξῆς δὲ περὶ τοῦ μὴ κατὰ τὰ αὐτὰ Ἰουδαίοις θεοσεβεῖν αὐτοὺς οἶμαί σε μάλιστα ποθεῖν ἀκοῦσαι. 2. Ἰουδαῖοι τοίνυν, εἰ μὲν ἀπέχονται ταύτης τῆς προειρημένης λατρείας, καλῶς θεὸν ἕνα τῶν πάντων σέβειν καὶ δεσπότην ἀξιοῦσι φρονεῖν· εἰ δὲ τοῖς προειρημένοις ὁμοιοτρόπως τὴν θρησκείαν προσάγουσιν αὐτῷ ταύτην, διαμαρτάνουσιν. 3 ἃ γὰρ τοῖς ἀναισθήτοις καὶ κωφοῖς προσφέροντες οἱ Ἕλληνες ἀφροσύνης δεῖγμα παρέχουσι, ταῦθ' οὗτοι καθάπερ προσδεομένῳ τῷ θεῷ λογιζόμενοι παρέχειν μωρίαν εἰκὸς μᾶλλον ἡγοῖντ' ἄν, οὐ θεοσέβειαν. 4. «ὁ γὰρ ποιήσας τὸν οὐρανὸν καὶ τὴν γῆν καὶ πάντα τὰ ἐν αὐτοῖς» καὶ πᾶσιν ἡμῖν χορηγῶν, ὧν προσδεόμεθα, οὐδενὸς ἂν αὐτὸς προσδέοιτο τούτων ὧν τοῖς οἰομένοις διδόναι παρέχει αὐτός. 5. οἱ δέ γε θυσίας αὐτῷ δι' αἵματος καὶ κνίσης καὶ ὁλοκαυτωμάτων ἐπιτελεῖν οἰόμενοι καὶ ταύταις ταῖς τιμαῖς αὐτὸν γεραίρειν, οὐδέν μοι δοκοῦσι διαφέρειν τῶν εἰς τὰ κωφὰ τὴν αὐτὴν ἐνδεικνυμένων φιλοτιμίαν· τῶν <μὲν> μὴ δυναμένοις τῆς τιμῆς μεταλαμβάνειν, τῶν δὲ δοκούντων παρέχειν τῷ μηδενὸς προσδεομένῳ.

[8] Ex. 20, 11; Ps. 145, 6; Act. 14, 15.

Inanidad de las observancias judaicas.

IV. Por lo demás, no creo que tengas necesidad de que te informe yo sobre su escrúpulo respecto a las comidas, su superstición acerca de los sábados, su orgullo de la circuncisión, su simulación en ayunos y novilunios, cosas todas ridículas e indignas de consideración alguna. 2. Porque ¿cómo no tener por impío que las cosas creadas por Dios para uso de los hombres, unas se acepten como bien creadas y otras se rechacen como inútiles y superfluas? 3. ¿Y cómo no tachar de sacrílego calumniar a Dios, imaginando que nos prohibe hacer bien alguno en día de sábado? 4. Pues ya, que se blasone de la mutilación de la carne como de signo de elección y creerse por ello particularmente amados de Dios, ¿quién no ve ser pura ridiculez? 5. Y el estar en perpetuo acecho de los astros y de la luna para sus observaciones de meses y días y distribuir las disposiciones de Dios y los cambios de las estaciones conforme a sus propios impulsos, unas para fiestas y otras para duelos, ¿quién no lo tendrá antes por prueba de insensatez que de religión?

6. Así, pues, creo que lo dicho basta para que hayas comprendido con cuánta razón los cristianos se apartan no sólo de la común vanidad y engaño, sino también de las complicadas observancias y tufos de los judíos. Ahora, por lo que al misterio de su propia religión atañe, no esperes que lo vas a entender de hombre alguno.

IV. Ἀλλὰ μὴν τό γε περὶ τὰς βρώσεις αὐτῶν ψοφοδεὲς καὶ τὴν περὶ τὰ σάββατα δεισιδαιμονίαν καὶ τὴν τῆς περιτομῆς ἀλαζονείαν καὶ τὴν τῆς νηστείας καὶ νουμηνίας εἰρωνείαν, καταγέλαστα καὶ οὐδενὸς ἄξια λόγου, <οὐ> νομίζω σε χρῄζειν παρ' ἐμοῦ μαθεῖν. 2. τό τε γὰρ τῶν ὑπὸ τοῦ θεοῦ κτισθέντων εἰς χρῆσιν ἀνθρώπων ἃ μὲν ὡς καλῶς κτισθέντα παραδέχεσθαι, ἃ δ' ὡς ἄχρηστα καὶ περισσὰ παραιτεῖσθαι, πῶς οὐκ ἀθέμιστον; 3. τὸ δὲ καταψεύδεσθαι θεοῦ ὡς κωλύοντος ἐν τῇ τῶν σαββάτων ἡμέρᾳ καλόν τι ποιεῖν, πῶς οὐκ ἀσεβές; 4. τὸ δὲ καὶ τὴν μείωσιν τῆς σαρκὸς μαρτύριον ἐκλογῆς ἀλαζονεύεσθαι ὡς διὰ τοῦτο ἐξαιρέτως ἠγαπημένους ὑπὸ θεοῦ, πῶς οὐ χλεύης ἄξιον; 5. τὸ δὲ παρεδρεύοντας αὐτοὺς ἄστροις καὶ σελήνῃ τὴν παρατήρησιν τῶν μηνῶν καὶ τῶν ἡμερῶν ποιεῖσθαι καὶ τὰς οἰκονομίας θεοῦ καὶ τὰς τῶν καιρῶν ἀλλαγὰς καταδιαιρεῖν πρὸς τὰς αὐτῶν ὁρμάς, ὃς μὲν εἰς ἑορτάς ἃς δὲ εἰς πένθη· τίς ἂν θεοσεβείας καὶ οὐκ ἀφροσύνης πολὺ πλέον ἡγήσαιτο δεῖγμα; 6. τῆς μὲν οὖν κοινῆς εἰκαιότητος καὶ ἀπάτης καὶ τῆς Ἰουδαίων πολυπραγμοσύνης καὶ ἀλαζονείας ὡς> ὀρθῶς ἀπέχονται Χριστιανοί, ἀρκούντως σε νομίζω μεμαθηκέναι· τὸ δὲ τῆς ἰδίας αὐτῶν θεοσεβείας μυστήριον μὴ προσδοκήσῃς δύνασθαι παρὰ ἀνθρώπου μαθεῖν.

PARADOJAS CRISTIANAS.

V. Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla ni por sus costumbres. 2. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. 3. A la verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; 4, sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente. 5. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria, tierra extraña. 6. Se casan como todos; como todos engendran hijos, pero no exponen los que les nacen. 7. Ponen mesa común, pero no lecho. 8. Están en la carne, pero no viven según la carne. 9. Pasan el tiempo en la tierra, pero tienen su ciudadanía en el cielo. 10. Obedecen a las leyes establecidas; pero con su vida sobrepasan las leyes. 11. A todos aman y por todos son perseguidos. 12. Se los desconoce y se los condena. Se los mata y en ello se les da la vida. 13. *Son pobres y enriquecen a muchos*. Carecen de todo

V. Χριστιανοὶ γὰρ οὔτε γῇ οὔτε φωνῇ οὔτε ἔθεσι διακεκριμένοι τῶν λοιπῶν εἰσὶν ἀνθρώπων. 2. οὔτε γάρ που πόλεις ἰδίας κατοικοῦσιν οὔτε διαλέκτῳ τινὶ παρηλλαγμένῃ χρῶνται οὔτε βίον παράσημον ἀσκοῦσιν. 3. οὐ μὴν ἐπινοίᾳ τινὶ καὶ φροντίδι πολυπραγμόνων ἀνθρώπων μάθημα τοῦτ' αὐτοῖς ἐστὶν εὑρημένον, οὐδὲ δόγματος ἀνθρωπίνου προεστᾶσιν ὥσπερ ἔνιοι. 4. κατοικοῦντες δὲ πόλεις ἑλληνίδας τε καὶ βαρβάρους, ὡς ἕκαστος ἐκληρώθη, καὶ τοῖς ἐγχωρίοις ἔθεσιν ἀκολουθοῦντες ἔν τε ἐσθῆτι καὶ διαίτῃ καὶ τῷ λοιπῷ βίῳ θαυμαστὴν καὶ ὁμολογουμένως παράδοξον ἐνδείκνυνται τὴν κατάστασιν τῆς ἑαυτῶν πολιτείας. 5. πατρίδας οἰκοῦσιν ἰδίας, ἀλλ' ὡς πάροικοι· μετέχουσι πάντων ὡς πολῖται, καὶ πάνθ' ὑπομένουσιν ὡς ξένοι· πᾶσα ξένη πατρίς ἐστιν αὐτῶν, καὶ πᾶσα πατρὶς ξένη. 6. γαμοῦσιν ὡς πάντες, τεκνογονοῦσιν· ἀλλ' οὐ ῥίπτουσι τὰ γεννώμενα. 7. τράπεζαν κοινὴν παρατίθενται, ἀλλ' οὐ κοίτην. 8. ἐν σαρκὶ τυγχάνουσιν, ἀλλ' οὐ κατὰ σάρκα ζῶσιν. 9. ἐπὶ γῆς διατρίβουσιν, ἀλλ' ἐν οὐρανῷ πολιτεύονται. 10. πείθονται τοῖς ὡρισμένοις νόμοις, καὶ τοῖς ἰδίοις βίοις νικῶσι τοὺς νόμους. 11. ἀγαπῶσι πάντας, καὶ ὑπὸ πάντων διώκονται. 12. ἀγνοοῦνται, καὶ κατακρίνονται· θανατοῦνται, καὶ ζωοποιοῦνται. 13. «πτωχεύουσι, καὶ πλουτίζουσι πολλούς»· πάντων

[18] 2 Cor. 6, 10,

y abundan en todo. 14. Son deshonrados y en las mismas deshonras son glorificados. Se los maldice y se los declara justos. 15. *Los vituperan y ellos bendicen*. Se los injuria y ellos dan honra. 16. Hacen bien y se los castiga como malhechores; castigados de muerte, se alegran como si se les diera la vida. 17. Por los judíos se los combate como a extranjeros; por los griegos son perseguidos y, sin embargo, los mismos que los aborrecen no saben decir el motivo de su odio.

LOS CRISTIANOS, ALMA DEL MUNDO.

VI. Mas, para decirlo brevemente, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo. 2. El alma está esparcida por todos los miembros del cuerpo, y cristianos hay por todas las ciudades del mundo. 3. Habita el alma en el cuerpo, pero no procede del cuerpo; así los cristianos habitan en el mundo, pero no son del mundo. 4. El alma invisible está encerrada en la cárcel del cuerpo visible; así los cristianos son conocidos como quienes viven en el mundo, pero su religión sigue siendo invisible. 5. La carne aborrece y combate al alma, sin haber recibido agravio alguno de ella, porque no le deja gozar de los placeres; a los cristianos los aborrece el mundo, sin haber recibido agravio de ellos, porque renuncian a los placeres. 6. El alma ama a la carne y a los miembros que la aborrecen, y los cristianos aman también a los que los odian. 7. El alma está encerrada en el cuerpo, pero ella es la que mantiene unido al cuerpo; así los cristianos están detenidos en el mundo, como

ὑστεροῦνται, καὶ ἐν πᾶσι περισσεύουσιν. 14. ἀτιμοῦνται, καὶ ἐν ταῖς ἀτιμίαις δοξάζονται. βλασφημοῦνται, καὶ δικαιοῦνται. 15. «λοιδοροῦνται, καὶ εὐλογοῦσιν»· ὑβρίζονται, καὶ τιμῶσιν. 16. ἀγαθοποιοῦντες ὡς κακοὶ κολάζονται· κολαζόμενοι χαίρουσιν ὡς ζωοποιούμενοι. 17. ὑπὸ Ἰουδαίων ὡς ἀλλόφυλοι πολεμοῦνται καὶ ὑπὸ Ἑλλήνων διώκονται· καὶ τὴν αἰτίαν τῆς ἔχθρας εἰπεῖν οἱ μισοῦντες οὐκ ἔχουσιν.

VI. Ἁπλῶς δ' εἰπεῖν, ὅπερ ἐστὶν ἐν σώματι ψυχή, τοῦτ' εἰσὶν ἐν κόσμῳ Χριστιανοί. 2. ἔσπαρται κατὰ πάντων τῶν τοῦ σώματος μελῶν ἡ ψυχή, καὶ Χριστιανοὶ κατὰ τὰς τοῦ κόσμου πόλεις. 3. οἰκεῖ μὲν ἐν τῷ σώματι ψυχή, οὐκ ἔστι δὲ ἐκ τοῦ σώματος· καὶ Χριστιανοὶ ἐν κόσμῳ οἰκοῦσιν, οὐκ εἰσὶ δὲ ἐκ τοῦ κόσμου. 4. ἀόρατος ἡ ψυχὴ ἐν ὁρατῷ φρουρεῖται τῷ σώματι· καὶ Χριστιανοὶ γινώσκονται μὲν ὄντες ἐν τῷ κόσμῳ, ἀόρατος δὲ αὐτῶν ἡ θεοσέβεια μένει. 5. μισεῖ τὴν ψυχὴν ἡ σὰρξ καὶ πολεμεῖ μηδὲν ἀδικουμένη, διότι ταῖς ἡδοναῖς κωλύεται χρῆσθαι· μισεῖ καὶ Χριστιανοὺς ὁ κόσμος μηδὲν ἀδικούμενος, ὅτι ταῖς ἡδοναῖς ἀντιτάσσονται. 6. ἡ ψυχὴ τὴν μισοῦσαν ἀγαπᾷ σάρκα καὶ τὰ μέλη· καὶ Χριστιανοὶ τοὺς μισοῦντας ἀγαπῶσιν. 7. ἐγκέκλεισται μὲν ἡ ψυχὴ τῷ σώματι, συνέχει δὲ αὐτὴ τὸ σῶμα· καὶ Χριστιανοὶ κατέχονται μὲν ὡς ἐν

[2] 1 Cor. 4, 22.

en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo. 8. El alma inmortal habita en una tienda mortal; así los cristianos viven de paso en moradas corruptibles, mientras esperan la incorrupción en los cielos. 9. El alma, maltratada en comidas y bebidas, se mejora; lo mismo los cristianos, castigados de muerte cada día, se multiplican más y más. 10. Tal el puesto que Dios les señaló y no les es lícito desertar de él.

ORIGEN DIVINO DEL CRISTIANISMO.

VII. Porque no es, como dije, invención humana ésta que a ellos fué transmitida, ni tuvieran por digno de ser tan cuidadosamente observado un pensamiento mortal, ni se les ha confiado la administración de misterios terrenos. 2. No, sino Aquel que es verdaderamente omnipotente, creador del universo y Dios invisible, Él mismo hizo bajar de los cielos su Verdad y su Palabra santa e incomprensible y la aposentó en los hombres y sólidamente la asentó en sus corazones. Y eso, no mandándoles a los hombres, como alguien pudiera imaginar, alguno de sus servidores, o a un ángel, o príncipe alguno de los que gobiernan las cosas terrestres, o alguno de los que tienen encomendadas las administraciones de los cielos, sino al mismo Artífice y Creador del universo, Aquel por quien creó los cielos, por quien encerró al mar en sus propias lindes; Aquel cuyo misterio guardan fielmente todos los elementos; de cuya mano recibió el sol las medidas que ha de guardar en sus carreras del día;

φρουρᾷ τῷ κόσμῳ, αὐτοὶ δὲ συνέχουσι τὸν κόσμον. 8. ἀθάνατος ἡ ψυχὴ ἐν θνητῷ σκηνώματι κατοικεῖ· καὶ Χριστιανοὶ παροικοῦσιν ἐν φθαρτοῖς, τὴν ἐν οὐρανοῖς ἀφθαρσίαν προσδεχόμενοι. 9. κακουργουμένη σιτίοις καὶ ποτοῖς ἡ ψυχὴ βελτιοῦται· καὶ Χριστιανοὶ κολαζόμενοι καθ' ἡμέραν πλεονάζουσι μᾶλλον. 10 εἰς τοσαύτην αὐτοὺς τάξιν ἔθετο ὁ θεός, ἣν οὐ θεμιτὸν αὐτοῖς παραιτήσασθαι.

VII. Οὐ γὰρ ἐπίγειον, ὡς ἔφην, εὕρημα τοῦτ' αὐτοῖς παρεδόθη, οὐδὲ θνητὴν ἐπίνοιαν φυλάσσειν οὕτως ἀξιοῦσιν ἐπιμελῶς, οὐδὲ ἀνθρωπίνων οἰκονομίαν μυστηρίων πεπίστευνται. 2. ἀλλ' αὐτὸς ἀληθῶς ὁ παντοκράτωρ καὶ παντοκτίστης καὶ ἀόρατος θεός, αὐτὸς ἀπ' οὐρανῶν τὴν ἀλήθειαν καὶ τὸν λόγον τὸν ἅγιον καὶ ἀπερινόητον ἀνθρώποις ἐνίδρυσε καὶ ἐγκατεστήριξε ταῖς καρδίαις αὐτῶν· οὐ, καθάπερ ἄν τις εἰκάσειεν, ἀνθρώποις ὑπηρέτην τινὰ πέμψας ἢ ἄγγελον ἢ ἄρχοντα ἤ τινα τῶν διεπόντων τὰ ἐπίγεια ἤ τινα τῶν πεπιστευμένων τὰς ἐν οὐρανοῖς διοικήσεις, ἀλλ' αὐτὸν τὸν τεχνίτην καὶ δημιουργὸν τῶν ὅλων, ᾧ τοὺς οὐρανοὺς ἔκτισεν, ᾧ τὴν θάλασσαν ἰδίοις ὅροις ἐνέκλεισεν, οὗ τὰ μυστήρια πιστῶς πάντα φυλάσσει τὰ στοιχεῖα, παρ' οὗ τὰ μέτρα τῶν τῆς ἡμέρας δρόμων <ὁ ἥλιος> εἴληφε

a quien obedece la luna cuando le manda lucir durante la noche; a quien obedecen también las estrellas que forman el séquito de la luna en su carrera; Aquel, en fin, por quien todo fué ordenado y definido y sometido: los cielos y cuanto en cielos se contiene; la tierra y cuanto en la tierra existe; el mar y cuanto en el mar se encierra; el fuego, el aire, el abismo, lo que está en lo alto, lo que está en lo profundo, lo que está entremedio: ¡A Éste les envió! 3. Pues ya, ¿acaso, como alguien pudiera pensar, le envió para ejercer una tiranía o infundirnos terror y espanto? 4. ¡De ninguna manera! Envióle en clemencia y mansedumbre, como un rey envió a su hijo-rey; como a Dios nos le envió, como hombre a los hombres le envió, para salvarnos le envió; para persuadir, no para violentar, pues en Dios no se da la violencia. 5. Le envió para llamar, no para castigar; le envió, en fin, para amar, no para juzgar. 6. Le mandará, sí, un día, como juez, y ¿quién resistirá entonces su presencia?

(*Fragmento de Cuadrato*, p. 885.)

LOS MÁRTIRES, TESTIGOS DE LA DIVINIDAD DEL CRISTIANISMO.

7. ¿No ves cómo son arrojados a las fieras, para obligarlos a renegar de su Señor, y no son vencidos? 8. ¿No ves cómo, cuanto más se los castiga de muerte, más se multiplican otros? 9. Eso no tiene visos de obra de hombre; eso pertenece al poder de Dios; eso son pruebas de su presencia.

φυλάσσειν, ᾧ πειθαρχεῖ σελήνη νυκτὶ φαίνειν κελεύοντι, ᾧ πειθαρχεῖ τὰ ἄστρα τῷ τῆς σελήνης ἀκολουθοῦντα δρόμῳ· ᾧ πάντα διάτακται καὶ διώρισται καὶ ὑποτέτακται, οὐρανοὶ καὶ τὰ ἐν οὐρανοῖς, γῆ καὶ τὰ ἐν τῇ γῇ, θάλασσα καὶ τὰ ἐν τῇ θαλάσσῃ, πῦρ, ἀήρ, ἄβυσσος, τὰ ἐν ὕψεσι, τὰ ἐν βάθεσι, τὰ ἐν τῷ μεταξύ· τοῦτον πρὸς αὐτοὺς ἀπέστειλεν. 3. ἆρά γε, ὡς ἀνθρώπων ἄν τις λογίσαιτο, ἐπὶ τυραννίδι καὶ φόβῳ καὶ καταπλήξει; 4. οὐ μὲν οὖν· ἀλλ' ἐν ἐπιεικείᾳ <καὶ> πραΰτητι ὡς βασιλεὺς πέμπων υἱὸν βασιλέα ἔπεμψεν, ὡς <ἄνθρωπον> πρὸς ἀνθρώπους ἔπεμψεν, ὡς σώζων ἔπεμψεν, ὡς πείθων, οὐ βιαζόμενος· βία γὰρ οὐ πρόσεστι τῷ θεῷ. 5. ἔπεμψεν ὡς καλῶν, οὐ διώκων· ἔπεμψεν ὡς ἀγαπῶν, οὐ κρίνων. 6. πέμψει γὰρ αὐτὸν κρίνοντα· καὶ τίς αὐτοῦ τὴν παρουσίαν ὑποστήσεται; . . . 7. <οὐχ ὁρᾷς> παραβαλλομένους θηρίοις, ἵνα ἀρνήσωνται τὸν κύριον, καὶ μὴ νικωμένους; 8. οὐχ ὁρᾷς, ὅσῳ πλείονες κολάζονται, τοσούτῳ πλεονάζοντας ἄλλους; 9. ταῦτα ἀνθρώπου οὐ δοκεῖ τὰ ἔργα· ταῦτα δύναμίς ἐστι θεοῦ· ταῦτα τῆς παρουσίας αὐτοῦ δείγματα.

La manifestación de Dios por la Encarnación.

VIII. Porque ¿quién, en absoluto, de entre los hombres, supo jamás qué cosa sea Dios antes de que Él mismo viniera? 2. ¿O es que vas a aceptar los vanos y estúpidos discursos de los filósofos, gente, por cierto, digna de toda fe? De los cuales unos afirmaron que Dios era fuego (¡a donde tienen ellos que ir, a eso llaman Dios!); otros, que agua; otros, otro cualquiera de los elementos creados por el mismo Dios. 3. Y no hay duda que, si alguna de estas proposiciones fuera aceptable, de cada una de las demás criaturas pudiera, con la misma razón, afirmarse que es Dios. 4. Mas todo eso no pasa de monstruosidades y desvarío de hechiceros; 5, y lo cierto es que ningún hombre vió ni conoció a Dios, sino que fué Él mismo quien se manifestó. 6. Ahora bien, se manifestó por la fe, única a quien se le concede ver a Dios.

7. Y, en efecto, aquel Dios, que es Dueño soberano y Artífice del universo, el que creó todas las cosas y las distinguió según su orden, no sólo se mostró benigno con el hombre, sino también longánime. 8. A la verdad, Él siempre fué tal y lo sigue siendo y lo será, a saber: clemente y bueno y manso y veraz; es más: sólo Él es bueno. 9. Y habiendo concebido un grande e inefable designio, lo comunicó sólo con su Hijo.

10. Ahora bien, en tanto mantenía en secreto y se guardaba su sabio consejo, parecía que no se cuidaba y que nada se le importaba de nosotros; 11, mas cuando nos lo reveló por medio de su Hijo amado y nos mani-

VIII. Τίς γὰρ ὅλως ἀνθρώπων ἠπίστατο, τί ποτ' ἐστὶ θεός, πρὶν αὐτὸν ἐλθεῖν; 2. ἢ τοὺς κενοὺς καὶ ληρώδεις ἐκείνων λόγους ἀποδέχῃ τῶν ἀξιοπίστων φιλοσόφων, ὧν οἱ μέν τινες πῦρ ἔφασαν εἶναι τὸν θεὸν (οὗ μέλλουσι χωρήσειν αὐτοί, τοῦτο καλοῦσι θεόν), οἱ δὲ ὕδωρ, οἱ δ' ἄλλο τι τῶν στοιχείων τῶν ἐκτισμένων ὑπὸ θεοῦ. 3. καίτοι γε, εἴ τις τούτων τῶν λόγων ἀπόδεκτός ἐστι, δύναιτ' ἂν καὶ τῶν λοιπῶν κτισμάτων ἓν ἕκαστον ὁμοίως ἀποφαίνεσθαι θεόν. 4. ἀλλὰ ταῦτα μὲν τερατεία καὶ πλάνη τῶν γοήτων ἐστίν· 5. ἀνθρώπων δὲ οὐδεὶς οὔτε εἶδεν οὔτε ἐγνώρισεν, αὐτὸς δὲ ἑαυτὸν ἐπέδειξεν. 6. ἐπέδειξε δὲ διὰ πίστεως, ᾗ μόνῃ θεὸν ἰδεῖν συγκεχώρηται. 7. ὁ γὰρ δεσπότης καὶ δημιουργὸς τῶν ὅλων θεός, ὁ ποιήσας τὰ πάντα καὶ κατὰ τάξιν διακρίνας, οὐ μόνον φιλάνθρωπος ἐγένετο, ἀλλὰ καὶ μακρόθυμος. 8. ἀλλ' οὗτος ἦν μὲν ἀεὶ τοιοῦτος καὶ ἔστι καὶ ἔσται, χρηστὸς καὶ ἀγαθὸς καὶ ἀόργητος καὶ ἀληθής, καὶ μόνος ἀγαθός ἐστιν· 9. ἐννοήσας δὲ μεγάλην καὶ ἄφραστον ἔννοιαν ἀνεκοινώσατο μόνῳ τῷ παιδί. 10. ἐν ὅσῳ μὲν οὖν κατεῖχεν ἐν μυστηρίῳ καὶ διετήρει τὴν σοφὴν αὐτοῦ βουλήν, ἀμελεῖν ἡμῶν καὶ ἀφροντιστεῖν ἐδόκει· 11. ἐπεὶ δὲ ἀπεκάλυψε διὰ τοῦ ἀγαπητοῦ παιδὸς καὶ ἐφανέρωσε τὰ ἐξ

festó lo que tenía aparejado desde el principio, todo nos lo dió juntamente; no sólo tener parte en su beneficio, sino ver y entender cosas cuales nadie de nosotros hubiera jamás esperado.

La economía divina.

IX. Así, pues, cuando Dios lo tuvo todo dispuesto en Sí mismo juntamente con su Hijo, hasta el tiempo próximamente pasado, nos permitió, a nuestro talante, que nos dejáramos llevar de nuestros desordenados impulsos, arrastrados *por placeres y concupiscencias*. Y no es en absoluto que Él se complaciera en nuestros pecados, sino que los soportaba. Ni es tampoco que Dios aprobara aquel tiempo de iniquidad, sino que estaba preparando el tiempo actual de justicia, a fin de que, convictos en aquel tiempo por nuestras propias obras de ser indignos de la vida, fuéramos hechos ahora dignos de ella por la clemencia de Dios; y habiendo hecho patente que *por nuestras propias fuerzas era imposible que entráramos en el reino de Dios*, se nos otorgue ahora el entrar por la virtud de Dios. 2. Y cuando nuestra maldad llegó a su colmo y se puso totalmente de manifiesto que la sola paga de ella que podíamos esperar era castigo y muerte, venido que fué el momento que Dios tenía predeterminado para mostrarnos en adelante su clemencia y poder (¡oh, benignidad y amor excesivo de Dios!), no nos aborreció, no nos arrojó de sí, no nos guardó resentimiento alguno; antes bien mostrósenos longánime, nos

ἀρχῆς ἡτοιμασμένα, πάνθ' ἅμα παρέσχεν ἡμῖν, καὶ μετασχεῖν τῶν εὐεργεσιῶν αὐτοῦ καὶ ἰδεῖν καὶ νοῆσαι, ἃ τίς ἂν πώποτε προσεδόκησεν ἡμῶν;

IX. Πάντ' οὖν ἤδη παρ' ἑαυτῷ σὺν τῷ παιδὶ οἰκονομηκώς, μέχρι μὲν τοῦ πρόσθεν χρόνου εἴασεν ἡμᾶς, ὡς ἐβουλόμεθα, ἀτάκτοις φοραῖς φέρεσθαι, ἡδοναῖς καὶ ἐπιθυμίαις ἀπαγομένους. οὐ πάντως ἐφηδόμενος τοῖς ἁμαρτήμασιν ἡμῶν, ἀλλ' ἀνεχόμενος, οὐδὲ τῷ τότε τῆς ἀδικίας καιρῷ συνευδοκῶν, ἀλλὰ τὸν νῦν τῆς δικαιοσύνης δημιουργῶν, ἵνα ἐν τῷ τότε χρόνῳ ἐλεγχθέντες ἐκ τῶν ἰδίων ἔργων ἀνάξιοι ζωῆς νῦν ὑπὸ τῆς τοῦ θεοῦ χρηστότητος ἀξιωθῶμεν, καὶ τὸ καθ' ἑαυτοὺς φανερώσαντες ἀδύνατον εἰσελθεῖν εἰς τὴν βασιλείαν τοῦ θεοῦ τῇ δυνάμει τοῦ θεοῦ δυνατοὶ γενηθῶμεν. 2. ἐπεὶ δὲ πεπλήρωτο μὲν ἡ ἡμετέρα ἀδικία καὶ τελείως πεφανέρωτο, ὅτι ὁ μισθὸς αὐτῆς κόλασις καὶ θάνατος προσεδοκᾶτο, ἦλθε δὲ ὁ καιρός, ὃν θεὸς προέθετο λοιπὸν φανερῶσαι τὴν ἑαυτοῦ χρηστότητα καὶ δύναμιν (ὢ τῆς ὑπερβαλλούσης φιλανθρωπίας καὶ ἀγάπης τοῦ θεοῦ), οὐκ ἐμίσησεν ἡμᾶς οὐδὲ ἀπώσατο οὐδὲ ἐμνησικάκησεν, ἀλλὰ ἐμακροθύμη-

soportó; Él mismo, por pura misericordia, cargó sobre sí nuestros pecados; *Él mismo entregó a su propio Hijo* como rescate por nosotros; al Santo por los pecadores, al Inocente por los malvados, *al Justo por los injustos*, al Incorruptible por los corruptibles, al Inmortal por los mortales.

3. Porque ¿qué otra cosa podría cubrir nuestros pecados sino la justicia suya? 4. ¿En quién otro podíamos ser justificados nosotros, inicuos e impíos, sino en el solo Hijo de Dios?

5. ¡Oh dulce trueque, oh obra insondable, oh beneficios inesperados! ¡Que la iniquidad de muchos quedara oculta en un solo Justo y la justicia de uno solo justificara a muchos inicuos!

6. Así, pues, habiéndonos Dios convencido en el tiempo pasado de la imposibilidad, por parte de nuestra naturaleza, para alcanzar la vida, y habiéndonos mostrado ahora al Salvador que puede salvar aun lo imposible, por ambos lados quiso que tuviéramos fe en su bondad y le miráramos como a nuestro sustentador, padre, maestro, consejero, médico, inteligencia, luz, honor, gloria, fuerza, vida, y no andemos preocupados por el vestido y la comida.

La caridad, esencia de la nueva religión.

X. Si deseas alcanzar tú también esa fe, trata, ante todo, de adquirir conocimiento del Padre. 2. Porque Dios amó a los hombres, por los cuales hizo el mundo, a los

σεν, ἠνέσχετο, ἐλεῶν αὐτὸς τὰς ἡμετέρας ἁμαρτίας ἀνεδέξατο, αὐτὸς «τὸν ἴδιον υἱὸν ἀπέδοτο» λύτρον ὑπὲρ ἡμῶν, τὸν ἅγιον ὑπὲρ ἀνόμων, τὸν ἄκακον ὑπὲρ τῶν κακῶν, «τὸν δίκαιον ὑπὲρ τῶν ἀδίκων», τὸν ἄφθαρτον ὑπὲρ τῶν φθαρτῶν, τὸν ἀθάνατον ὑπὲρ τῶν θνητῶν. 3. τί γὰρ ἄλλο τὰς ἁμαρτίας ἡμῶν ἠδυνήθη καλύψαι ἢ ἐκείνου δικαιοσύνη; 4. ἐν τίνι δικαιωθῆναι δυνατὸν τοὺς ἀνόμους ἡμᾶς καὶ ἀσεβεῖς ἢ ἐν μόνῳ τῷ υἱῷ τοῦ θεοῦ; 5. ὢ τῆς γλυκείας ἀνταλλαγῆς, ὢ τῆς ἀνεξιχνιάστου δημιουργίας, ὢ τῶν ἀπροσδοκήτων εὐεργεσιῶν· ἵνα ἀνομία μὲν πολλῶν ἐν δικαίῳ ἑνὶ κρυβῇ, δικαιοσύνη δὲ ἑνὸς πολλοὺς ἀνόμους δικαιώσῃ. 6. ἐλέγξας οὖν ἐν μὲν τῷ πρόσθεν χρόνῳ τὸ ἀδύνατον τῆς ἡμετέρας φύσεως εἰς τὸ τυχεῖν ζωῆς, νῦν δὲ τὸν σωτῆρα δείξας δυνατὸν σώζειν καὶ τὰ ἀδύνατα, ἐξ ἀμφοτέρων ἐβουλήθη πιστεύειν ἡμᾶς τῇ χρηστότητι αὐτοῦ, αὐτὸν ἡγεῖσθαι τροφέα, πατέρα, διδάσκαλον, σύμβουλον, ἰατρόν, νοῦν, φῶς, τιμήν, δόξαν, ἰσχύν, ζωήν, περὶ ἐνδύσεως καὶ τροφῆς μὴ μεριμνᾶν.

X. Ταύτην καὶ σὺ τὴν πίστιν ἐὰν ποθήσῃς, καὶ λάβῃς πρῶτον μὲν ἐπίγνωσιν πατρός. 2. ὁ γὰρ θεὸς τοὺς ἀνθρώπους ἠγάπησε, δι' οὓς ἐποίησε

[1] Rom. 8, 32.
[3] 1 Petr. 3, 18.

que sometió cuanto hay en la tierra, a los que concedió inteligencia y razón, a los solos que permitió mirar hacia arriba para contemplarle a Él, los que plasmó de su propia imagen, *a los que envió su Hijo Unigénito*, a los que prometió su reino en el cielo, que dará a los que le hubieren amado. 3. Ahora, conocido que hayas a Dios Padre, ¿de qué alegría piensas que serás colmado? ¿O cómo amarás a quien hasta tal extremo te amó antes a ti? 4. Y en amándole que le ames, te convertirás en imitador de su bondad. Y no te maravilles de que el hombre pueda venir a ser imitador de Dios. Queriéndolo Dios, el hombre puede. 5. Porque no está la felicidad en dominar tiránicamente sobre nuestro prójimo, ni en querer estar por encima de los más débiles, ni en enriquecerse y violentar a los necesitados. No es ahí donde puede nadie imitar a Dios, sino que todo eso es ajeno a su magnificencia. 6. El que toma sobre sí la carga de su prójimo; el que está pronto a hacer bien a su inferior en aquello justamente en que él es superior; el que, suministrando a los necesitados lo mismo que él recibió de Dios, se convierte en Dios de los que reciben de su mano, ése es el verdadero imitador de Dios.

7. Entonces, aun morando en la tierra, contemplarás a Dios cómo tiene su imperio en el cielo; entonces empezarás a hablar los misterios de Dios; entonces amarás y admirarás a los que son castigados de muerte por no querer negar a Dios; entonces condenarás el engaño y extravío del mundo, cuando conozcas la verdadera vida

τὸν κόσμον, οἷς ὑπέταξε πάντα τὰ ἐν <τῇ γῇ>, οἷς λόγον ἔδωκεν, οἷς νοῦν, οἷς μόνοις ἄνω πρὸς αὐτὸν ὁρᾶν ἐπέτρεψεν, οὓς ἐκ τῆς ἰδίας εἰκόνος ἔπλασε, πρὸς οὓς «ἀπέστειλε τὸν υἱὸν αὐτοῦ τὸν μονογενῆ», οἷς τὴν ἐν οὐρανῷ βασιλείαν ἐπηγγείλατο καὶ δώσει τοῖς ἀγαπήσασιν αὐτόν. 3. ἐπιγνοὺς δὲ τίνος οἴει πληρωθήσεσθαι χαρᾶς; ἢ πῶς ἀγαπήσεις τὸν οὕτως προαγαπήσαντά σε; 4. ἀγαπήσας δὲ μιμητὴς ἔσῃ αὐτοῦ τῆς χρηστότητος. καὶ μὴ θαυμάσῃς, εἰ δύναται μιμητὴς ἄνθρωπος γενέσθαι θεοῦ· δύναται θέλοντος αὐτοῦ. 5. οὐ γὰρ τὸ καταδυναστεύειν τῶν πλησίον οὐδὲ τὸ πλέον ἔχειν βούλεσθαι τῶν ἀσθενεστέρων οὐδὲ τὸ πλουτεῖν καὶ βιάζεσθαι τοὺς ὑποδεεστέρους εὐδαιμονεῖν ἐστίν, οὐδὲ ἐν τούτοις δύναταί τις μιμήσασθαι θεόν, ἀλλὰ ταῦτα ἐκτὸς τῆς ἐκείνου μεγαλειότητος. 6. ἀλλ' ὅστις τὸ τοῦ πλησίον ἀναδέχεται βάρος, ὃς ἐν ᾧ κρείσσων ἐστὶν ἕτερον τὸν ἐλαττούμενον εὐεργετεῖν ἐθέλει, ὃς ἃ παρὰ τοῦ θεοῦ λαβὼν ἔχει, ταῦτα τοῖς ἐπιδεομένοις χορηγῶν θεὸς γίνεται τῶν λαμβανόντων, οὗτος μιμητής ἐστι θεοῦ. 7. τότε θεάσῃ τυγχάνων ἐπὶ γῆς, ὅτι θεὸς ἐν οὐρανοῖς πολιτεύεται, τότε μυστήρια θεοῦ λαλεῖν ἄρξῃ, τότε τοὺς κολαζομένους ἐπὶ τῷ μὴ θέλειν ἀρνήσασθαι θεὸν καὶ ἀγαπήσεις καὶ θαυμάσεις· τότε τῆς ἀπάτης

[3] 1 Io. 4, 9.

del cielo, cuando desprecies ésta que aquí parece muerte, cuando temas la que es de verdad muerte, que está reservada para los condenados al fuego eterno, fuego que ha de atormentar hasta el fin a los que fueren arrojados a él. 8. Cuando este fuego conozcas, admirarás y tendrás por bienhadados a los que, por amor de la justicia, soportan estotro fuego de un momento.

... ...

EPÍLOGO.

XI. No hablo de cosas peregrinas ni voy a búsqueda de lo absurdo, sino, discípulo que he sido de los Apóstoles, me convierto en maestro de las naciones: yo no hago sino transmitir lo que me ha sido entregado a quienes se han hecho discípulos dignos de la verdad. 2. Porque ¿quién que haya sido rectamente enseñado y engendrado por el Verbo amable, no busca saber con claridad lo que fué por el mismo Verbo manifiestamente mostrado a sus discípulos? A ellos se lo manifestó, a su aparición, el Verbo, hablándoles con libertad. Incomprendido por los incrédulos, Él conversaba con sus discípulos, los cuales, reconocidos por Él como fieles, conocieron los misterios del Padre.[17] 3. Por eso justamente Dios envió al Verbo, para que se manifestara al mundo; Verbo que, despreciado por el pueblo, predicado por los Apóstoles, fué creído por los gentiles. 4. Él, que es desde el principio, que apareció nuevo y fué hallado viejo y que nace

τοῦ κόσμου καὶ τῆς πλάνης καταγνώσῃ, ὅταν τὸ ἀληθῶς ἐν οὐρανῷ ζῆν ἐπιγνῷς, ὅταν τοῦ δοκοῦντος ἐνθάδε θανάτου καταφρονήσῃς, ὅταν τὸν ὄντως θάνατον φοβηθῇς, ὃς φυλάσσεται τοῖς κατακριθησομένοις εἰς τὸ πῦρ τὸ αἰώνιον, ὃ τοὺς παραδοθέντας αὐτῷ μέχρι τέλους κολάσει. 8. τότε τοὺς ὑπομένοντας ὑπὲρ δικαιοσύνης θαυμάσεις τὸ πῦρ τὸ πρόσκαιρον καὶ μακαρίσεις, ὅταν ἐκεῖνο τὸ πῦρ ἐπιγνῷς.

XI. Οὐ ξένα ὁμιλῶ οὐδὲ παραλόγως ζητῶ, ἀλλὰ ἀποστόλων γενόμενος μαθητὴς γίνομαι διδάσκαλος ἐθνῶν· τὰ παραδοθέντα ἀξίοις ὑπηρετῶ γινομένοις ἀληθείας μαθηταῖς. 2. τίς γὰρ ὀρθῶς διδαχθεὶς καὶ λόγῳ προσφιλεῖ γεννηθεὶς οὐκ ἐπιζητεῖ σαφῶς μαθεῖν τὰ διὰ λόγου δειχθέντα φανερῶς μαθηταῖς, οἷς ἐφανέρωσεν ὁ λόγος φανείς, παρρησίᾳ λαλῶν, ὑπὸ ἀπίστων μὴ νοο' μενος, μαθηταῖς δὲ διηγούμενος, οἳ πιστοὶ λογισθέντες ὑπ' αὐτοῦ ἔγνωσαν πατρὸς μυστήρια; 3. οὗ χάριν ἀπέστειλε λόγον, ἵνα κόσμῳ φανῇ· ὃς ὑπὸ λαοῦ ἀτιμασθείς, διὰ ἀποστόλων κηρυχθείς, ὑπὸ ἐθνῶν ἐπιστεύθη. 4. οὗτος ὁ ἀπ' ἀρχῆς, ὁ καινὸς φανεὶς καὶ

siempre nuevo en los corazones de los santos. 5. Él, que es siempre, que es hoy reconocido como Hijo, por quien la Iglesia se enriquece, y la gracia, desplegada, se multiplica en los santos; gracia que procura la inteligencia, manifiesta los misterios, anuncia los tiempos, se regocija en los creyentes, se reparte a los que buscan, a los que no infringen las reglas de la fe ni traspasan los límites de los Padres. 6. Luego se canta el temor de la ley, se reconoce la gracia de los profetas, se asienta la fe de los Evangelios, se guarda la tradición de los Apóstoles y la gracia de la Iglesia salta de júbilo. 7. Si no contristas esta gracia, conocerás lo que el Verbo habla por medio de quienes quiere y cuando quiere. 8. Y, en efecto, cuantas cosas fuimos movidos a explicaros con celo por voluntad del Verbo que nos las inspira, os las comunicamos por amor de las mismas cosas que nos han sido reveladas.

XII. Si con empeño las atendiereis y escuchareis, sabréis qué de bienes procura Dios a quienes lealmente le aman, como que se convierten en un *paraíso de deleites*, produciendo en sí mismos un árbol fértil y frondoso, adornados ellos de toda variedad de frutos. 2. Porque en este lugar fué plantado *el árbol de la ciencia y el árbol de la vida;* pero no es la ciencia la que mata, sino la desobediencia mata. 3. En efecto, no sin misterio está escrito que Dios *plantó en el principio el árbol de la ciencia y el árbol de la vida en medio del paraíso*, dándonos a entender la vida por medio de la ciencia; mas, por no

παλαιὸς εὑρεθεὶς καὶ πάντοτε νέος ἐν ἁγίων καρδίαις γεννώμενος. 5. οὗτος ὁ ἀεί, <ὁ> σήμερον υἱὸς λογισθείς, δι' οὗ πλουτίζεται ἡ ἐκκλησία καὶ χάρις ἁπλουμένη ἐν ἁγίοις πληθύνεται, παρέχουσα νοῦν, φανεροῦσα μυστήρια, διαγγέλλουσα καιρούς, χαίρουσα ἐπὶ πιστοῖς, ἐπιζητοῦσι δωρουμένη, οἷς ὅρκια πίστεως οὐ θραύεται οὐδὲ ὅρια πατέρων παρορίζεται. 6. εἶτα φόβος νόμου ᾄδεται, καὶ προφητῶν χάρις γινώσκεται, καὶ εὐαγγελίων πίστις ἵδρυται, καὶ ἀποστόλων παράδοσις φυλάσσεται, καὶ ἐκκλησίας χάρις σκιρτᾷ. 7. ἣν χάριν μὴ λυπῶν ἐπιγνώσῃ, ἃ λόγος ὁμιλεῖ δι' ὧν βούλεται, ὅτε θέλει. 8. ὅσα γὰρ θελήματι τοῦ κελεύοντος λόγου ἐκινήθημεν ἐξειπεῖν μετὰ πόνου, ἐξ ἀγάπης τῶν ἀποκαλυφθέντων ἡμῖν γινόμεθα ὑμῖν κοινωνοί.

XII. Οἷς ἐντυχόντες καὶ ἀκούσαντες μετὰ σπουδῆς εἴσεσθε, ὅσα παρέχει ὁ θεὸς τοῖς ἀγαπῶσιν ὀρθῶς, οἱ γενόμενοι παράδεισος τρυφῆς, πάγκαρπον ξύλον εὐθαλοῦν ἀνατείλαντες ἐν ἑαυτοῖς, ποικίλοις καρποῖς κεκοσμημένοι. 2. ἐν γὰρ τούτῳ τῷ χωρίῳ ξύλον γνώσεως καὶ ξύλον ζωῆς πεφύτευται· ἀλλ' οὐ τὸ τῆς γνώσεως ἀναιρεῖ, ἀλλ' ἡ παρακοὴ ἀναιρεῖ. 3. οὐδὲ γὰρ ἄσημα τὰ γεγραμμένα, ὡς «θεὸς ἀπ' ἀρχῆς <ξύλον γνώσεως καὶ> ξύλον ζωῆς ἐν μέσῳ παραδείσου ἐφύτευσε», διὰ γνώσεως

---

[17] Gn. 2, 9.

haber usado de ella de manera pura los primeros hombres, quedaron desnudos por seducción de la serpiente. 4. Porque no hay vida sin ciencia, ni ciencia segura sin vida verdadera; de ahí que los dos árboles fueron plantados uno cerca de otro. 5. Comprendiendo el Apóstol este sentido y reprendiendo la ciencia que se ejercita sin el mandamiento de la verdad en orden a la vida, dice: *La ciencia hincha, mas la caridad edifica.* 6. Porque el que piensa saber algo sin la ciencia verdadera y atestiguada por la vida, nada sabe, sino que es seducido por la serpiente por no haber amado la vida. Mas el que con temor ha alcanzado la ciencia y busca además la vida, ése planta en esperanza y aguarda el fruto. 7. Sea para ti la ciencia corazón; la vida, empero, el Verbo verdadero comprendido. 8. Si su árbol llevas y produces en abundancia su fruto, cosecharás siempre lo que ante Dios es deseable, fruto que la serpiente no toca y al que no se mezcla engaño; ni Eva es corrompida, sino que es creída virgen; 9. la salvación es mostrada, y los Apóstoles se vuelven sabios, y la Pascua del Señor se adelanta, y antorchas se reúnen, y con el mundo se desposa y, a par que instruye a los santos, se regocija el Verbo, por quien el Padre es glorificado.

A Él sea la gloria por los siglos. Amén.

ζωὴν ἐπιδεικνύς· ᾗ μὴ καθαρῶς χρησάμενοι οἱ ἀπ' ἀρχῆς πλάνῃ τοῦ ὄφεως γεγύμνωνται. 4. οὐδὲ γὰρ ζωὴ ἄνευ γνώσεως οὐδὲ γνῶσις ἀσφαλὴς ἄνευ ζωῆς ἀληθοῦς· διὸ πλησίον ἑκάτερον πεφύτευται. 5. ἣν δύναμιν ἐνιδὼν ὁ ἀπόστολος τήν τε ἄνευ ἀληθείας προστάγματος εἰς ζωὴν ἀσκουμένην γνῶσιν μεμφόμενος λέγει· «Ἡ γνῶσις φυσιοῖ, ἡ δὲ ἀγάπη οἰκοδομεῖ». 6. ὁ γὰρ νομίζων εἰδέναι τι ἄνευ γνώσεως ἀληθοῦς καὶ μαρτυρουμένης ὑπὸ τῆς ζωῆς, οὐκ ἔγνω, ὑπὸ ὄφεως πλανᾶται, μὴ ἀγαπήσας τὸ ζῆν. ὁ δὲ μετὰ φόβου ἐπιγνοὺς καὶ ζωὴν ἐπιζητῶν ἐπ' ἐλπίδι φυτεύει, καρπὸν προσδοκῶν. 7. ἤτω σοὶ καρδία γνῶσις, ζωὴ δὲ λόγος ἀληθής, χωρούμενος. 8. οὗ ξύλον φέρων καὶ καρπὸν αἱρῶν τρυγήσεις ἀεὶ τὰ παρὰ θεῷ ποθούμενα, ὧν ὄφις οὐχ ἅπτεται οὐδὲ πλάνη συγχρωτίζεται· οὐδὲ Εὕα φθείρεται, ἀλλὰ παρθένος πιστεύεται· 9. καὶ σωτήριον δείκνυται, καὶ ἀπόστολοι συνετίζονται, καὶ τὸ κυρίου πάσχα προέρχεται, καὶ κηροὶ συνάγονται καὶ μετὰ κόσμου ἁρμόζεται, καὶ διδάσκων ἁγίους ὁ λόγος εὐφραίνεται, δι' οὗ πατὴρ δοξάζεται· ᾧ ἡ δόξα εἰς τοὺς αἰῶνας. ἀμήν.

---

[5] 1 Cor. 8, 1.

FRAGMENTOS DE PAPIAS